

ESTUDIOS

REVISTA MENSUAL

AÑO I

Abril de 1933



Esta Revista publica las Conferencias mensuales
— del Centro de Estudios Religiosos —

INDICE

EDITORIAL. — ¿MUERTE DONDE ESTA TU VICTORIA? por E. v. G.	1
LA EXISTENCIA DEL INFIERNO, por el Pbro. D. Oscar Larson.	2
EL ESPIRITU PARROQUIAL, Conferencia de D. Carlos Silva Vildósola.	10
DEL HINDUISMO A CRISTO, por el Rev. P. Antonio Vizjak S. J.	21
LA FELICIDAD DE SER CATOLICO, por O. H.	30
NOTICIAS RELIGIOSAS.	32
BIBLIOGRAFIA.	38



Suscripción anual \$ 18.— Número suelto \$ 1.60.

“ESTUDIOS”

REVISTA MENSUAL

que publica las conferencias del
Centro de Estudios Religiosos.

Editada por el **“EDITORIAL ESTUDIOS”**



Suscripción anual \$ 18.00

Número suelto 1.60

En venta en Ahumada N.o 360 y en las principales librerías.

Teléf. 88573 - SANTIAGO - Casilla 2081

Talleres Gráficos San Vicente

LA IMPRENTA DE CONFIANZA



TODOS LOS TRABAJOS CONCERNIENTES AL RAMO

Especialidad en obras, folletos y revistas.

Trabajos de remiendos, Rayados, Encuadernación



PIDA PRESUPUESTOS:

Casilla 2081 - Conferencia N.o 635 - Teléf. 81996

Director: OTTO HANISCH

Revista mensual que publica las Conferencias
□ □ del Centro de Estudios Religiosos □ □

Año I

Abril de 1933

Núm. 8

¿MUERTE DÓNDE ESTA TU VICTORIA?

Adán pecó, comiendo del árbol de la ciencia del bien y de mal en el paraíso. Dios se lo había advertido que la muerte sería el castigo de esta desobediencia, sin embargo...

"Con el sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, de la cual fuiste tomado: porque polvo eres y en polvo te convertirás". ¡Terrible sentencia, caída no tan solo sobre el culpable, sino también sobre toda su descendencia! — ¡Cuántas lágrimas, cuánto dolor, cuánta amargura! — El estipendio del pecado es la muerte. Y ella, la implacable, se enseñoreó del género humano. Murió Adán y murió Eva, la madre de todos los vivientes, a quienes, junto con la vida, legó mortalidad. Mueren los justos y los pecadores. Una generación surge tras la otra y todos nacen para morir. ¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria! (Eccli. 41, 1).

Pero la muerte, consecuencia del pecado, quedó vencida. Cristo la venció, como venció al pecado.

Mors et vita duello, conflixere mirando,
dux vitae mortuus, regnat vivus!

"La muerte y la vida lucharon con denuedo, el Señor de la vida reina vivo, después de muerto!" Así canta la Iglesia en la liturgia pascual, llena de júbilo.

La victoria de Cristo sobre la muerte ya había anunciado el profeta Isaías (XXV, 8). "Despeñará a la muerte para siempre y enjugará el Señor las lágrimas de todos los semblantes..." y por la boca de Oseas dijo Dios (III, 14): "Del poder de la muerte los libraré, los redimiré de la muerte: seré tu muerte, oh muerte, seré tu mordedura, oh infierno..." San Pablo, de su parte declara con énfasis que "Nuestro Salvador Jesucristo destruyó en verdad la muerte" (II, Tim. 1,10).

En la resurrección de Cristo tenemos la garantía de la nuestra. La muerte ya no está rodeado del espanto y del terror desde que sabemos que no es sino el tránsito a una mejor vida, si es que la merecemos por nuestra fidelidad a la gracia divina.

Y con el apóstol de la gentes exclamamos, llenos de regocijo (Cor. XV. 55-57): "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? — ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? El aguijón pues de la muerte es el pecado: y la fuerza del pecado es la ley. Más gracias a Dios, que nos dió la victoria por Nuestro Señor Jesucristo".

E. v. G.

La existencia del Infierno

Conferencia dictada en el Teatro Olimpia de Antofagasta, en una controversia pública, por el Pbro. D. Oscar Larson

La razón puede probar que hay otra vida y que esa vida no es igual, para todos.

En efecto: 1º hay en la conciencia de todo hombre un orden moral, una ley moral que nos manda hacer el bien y evitar el mal; una ley moral que nos dice que siempre será malo el crimen, la mentira, el robo, la traición, etc., y que siempre serán buenas la sinceridad, la generosidad, el sacrificio, el trabajo, la justicia, etc. Pero esta ley moral, grabada en la conciencia íntima de los hombres, sería inútil y ridícula, sin una sanción correspondiente. Ahora bien, esta sanción no existe en la tierra, en donde vemos la virtud perseguida y el vicio triunfante. Luego, si no está aquí debe haber otra vida en que la ley moral reciba su sanción: premio y castigo. Esta tesis, se confirma en filosofía, con la inmortalidad y espiritualidad del alma humana.

2º Todo en la naturaleza tiene un fin adecuado. En Filosofía se demuestra que el hombre tiene también un fin último y supremo. Su inteligencia aspira a la verdad; su voluntad aspira al bien; su corazón al amor; verdad, bien y amor ilimitados, que satisfagan íntegramente su ser; aspira, en una palabra, a la felicidad ilimitada. Más, esta felicidad no se encuentra en la tierra. Luego, o el hombre es el único ser que no llena su fin adecuado, es víctima de un sarcasmo cruel y absurdo; o tiene que hallar, en la otra vida, las aspiraciones profundas de su ser.

Pero esa otra vida, no puede ser igual para todos; para el canalla y para el virtuoso para el que gozó aquí, y para el que sufrió. Luego, pues, hay otra vida en la cual hay premio y castigo, felicidad y penas.

3º Las injusticias y desigualdades de la vida presente, reclaman también, una vida ultraterrena con premios y castigos. En efecto, todo en el universo presenta un or-

den, una jerarquía y una belleza admirables. Sólo hay un aspecto que ofrece contraste con el orden universal, y es precisamente la situación del hombre, del ser más perfecto de la creación. El hombre presenta un verdadero desorden, pues su vida muchas veces está llena de injusticias y de sacrificios; los bellacos gozan, los virtuosos sufren; hay inocentes que padecen, mientras los culpables disfrutan de lo que han robado a los demás; ¡Tantos sacrificios quedan sin recompensas! El orden admirable del universo, es una garantía de que este orden seguirá en el hombre, y que éste hallará más allá de la muerte, el premio de sus virtudes, de sus sacrificios, o el castigo de sus crímenes. Es decir, un lugar, una vida para los buenos y otra para los malos.

Pero no son éstas que acabo de dar, las pruebas principales que tiene el cristiano para creer en el infierno. En realidad, esos argumentos sólo prueban que hay otra vida, que en ella habrá una sanción justa para los hombres; pero la existencia del infierno, como un lugar en donde los ángeles caídos y los pecadores que mueren en pecado mortal, sufren el castigo de sus culpas, castigo eterno y de una especie de fuego; esta afirmación es puramente cristiana.

¿De dónde ha salido esta idea? ¿La inventó la Iglesia? ¿Cuáles son los argumentos en que funda esta creencia? Este es el tema exclusivo que me he comprometido a desarrollar ante vosotros.

Haré dos advertencias previas: 1º En el cristianismo hay dos clases de verdades: unas que son conocidas por la ley de la razón simplemente, y otras que la razón sola no podría conocer y que Dios ha enseñado al hombre, quien cree por la fe.

La razón no es contraria a estas verdades; sino que no es capaz de descubrirlas; pero, al creerlas, establece primero los

motivos por qué cree y prueba después, que no siendo contradictorias ni absurdas, son posibles. Por ejemplo el cristianismo cree en la Biblia, cree en Jesucristo, pero antes la razón estudia y prueba que esos libros fueron escritos por tales autores y que estaban inspirados. Una vez probado esto por la razón, la fe acepta lo que dice.

2ª advertencia es que el cristianismo es una doctrina larga y completa; un edificio lógico en que las afirmaciones se van encadenando unas con otras en estrecha trabazón. No se entiende ni prueba una parte de arriba sin saber la que está debajo. No puedo probar que Dios es uno y trino, sino he probado antes que Dios existe.

Por lo demás así sucede, en cualquier ciencia: no se entiendan las afirmaciones de la página 80 de un texto de geometría o de química, sino conozco las anteriores.

Y justamente es frecuente que se ataque ciertas verdades del cristianismo, que están en la parte superior del edificio, sin conocer sus fundamentos anteriores.

Conforme a estas dos advertencias, empiezo por declarar, que la existencia del infierno no es una simple verdad de razón, sino de fe, la razón sola no puede probar la existencia del infierno. Es una verdad cristiana; pero no la han inventado los curas. Nosotros creemos en la existencia del infierno, **porque lo ha enseñado Jesucristo**. ¿Por qué creemos a Jesucristo? Podríamos contestar que le creemos porque es el más grande hombre que ha habido en el mundo; porque es el primer sabio, el primer filósofo, el más grande moralista de la humanidad, y no tiene nada de irracional creerle a un hombre así.

Pero no es eso solo. Nosotros los cristianos investigamos con la razón quién es Jesucristo y probamos con la razón que Jesucristo es Dios; aunque no es éste el tema de mi conferencia, recordaré que lo probamos por su palabra, por sus milagros, por sus profecías, por su resurrección y por los resultados de su obra. Establecida la divinidad de Jesucristo, le creemos todo lo

que él dijo; porque siendo Dios, no puede engañarse ni engañarnos.

¿Hay algo irracional en esto? El que no cree que Jesucristo es Dios no cree en el infierno? Muy bien, pues; allá él!

Como se ve, la afirmación del infierno supone admitidas y probadas otras verdades anteriores. Supone establecidas: la existencia de Dios, la espiritualidad e inmortalidad del alma, la existencia de la ley moral, el fin del hombre, la autenticidad de la Biblia, la Divinidad de Jesucristo, la fundación de la Iglesia, su misión divina, es decir, casi todo el cristianismo, que se estudia en varios años y que naturalmente no es el tema de esta controversia. Solamente al fin de la teología viene el capítulo del infierno. Por eso, yo he extrañado bastante que se me propusiera este tema para tratarlo en esta ocasión.

Según lo dicho, desde luego declaro que a los ateos, a los que niegan la existencia de Dios o del alma, o de una vida ultraterrena, no pretendo probarles la existencia del infierno; como no pretendería probarles que la luz es la vibración del éter, al que no sabe ni que existe ni lo que es el éter; como no pretendería probarle que la parálisis de una pierna proviene de una lesión cerebral, al que no tiene idea del sistema nervioso; como no pretendería enseñarle que 8 x 7 son 56 al que no conoce los números.

Nosotros los cristianos creemos en el infierno, únicamente porque antes hemos establecido y probado todas aquellas verdades, que constituyen precisamente la ciencia de la religión, la Filosofía y la Teología; creemos en el infierno porque sabemos antes que Jesucristo es Dios y Jesucristo afirmó muchas veces que hay infierno.

Naturalmente si no se le cree a Jesucristo no tenéis por qué creerme a mí; pero en este caso debías haberme invitado — no a hablar del infierno — sino a hacer un curso completo de religión, o a probar, a lo menos, la divinidad de Jesucristo.

La creencia cristiana en la existencia del

infierno se funda, como hemos dicho en la primera parte, en la afirmación expresa y repetida de N. S. Jesucristo.

Como sería imposible e inútil citar todas las páginas del Evangelio en que el Hijo de Dios habla del infierno, bastará citar algunas.

La conocida parábola de la cizaña termina con esta palabra (S. Mateo XIII, 40, 43) "y así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo: Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y quitarán de su reino a todos los escandalosos y a cuantos obran maldad, y los arrojará en el HORNO de FUEGO. Allí será el llanto y crujir de dientes. Al mismo tiempo los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír oíga".

En otra parte dice. (Mat. V 21, 22) "Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No matarás y quien matare será condenado en juicio. Yo os digo más: Quienquiera que tome ojeriza con su hermano merecerá que el juez le condene; y el que le llamare estúpido merecerá que le condene el Sanhedrín; mas, quien le llamare infame será reo del FUEGO ETERNO".

Célebre es el pasaje en que describe el juicio final. (S. Mat. XXV, 31, 46) allí dice a los de la derecha: "Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo; porque tuve hambre y me disteis de comer, etc., — y añade: — Al mismo tiempo dirá a los que estarán a la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al FUEGO ETERNO que fué destinado para el diablo y sus ángeles; porque tuve hambre y no me disteis, etc. — y termina — e irán éstos al ETERNO SUPLICIO, y los justos a la vida eterna".

También es conocida la condenación del escándalo: (S. Marc. IX, 41, 48) "Al que escandalizare a alguno de estos pequeñitos, que creen en Mí, mucho mejor le fuera, etc. Que si tu mano te es ocasión de escándalo, córtala: más vale entrar manco en la vida, que tener dos manos e ir al INFIERNO al

FUEGO INEXTINGUIBLE, en donde el gusano que les roe nunca muere y el FUEGO NUNCA se apaga. Y si tu pie es ocasión de escándalo, córtalo: más te vale entrar cojo en la vida eterna; que tener los pies y ser arrojado al INFIERNO, al FUEGO INEXTINGUIBLE, donde el gusano que les roe nunca muere y el FUEGO NUNCA SE APAGA. — Y añade — porque la sal con que todos ellos serán salados, es el fuego; así como todas las víctimas del altar deben ser rociadas de sal".

Finalmente, recordará aquella parábola de Cristo sobre el rico y el pobre: (Luc. XVI, 19, 31) "Hubo cierto hombre rico que se vestía de oro y de lino finísimo y celebraba diariamente espléndidos banquetes. Al mismo tiempo vivía un mendigo llamado Lázaro, el cual cubierto de llagas, yacía a la puerta de aquél, deseando saciarse con las migajas que caían de la mesa del rico más nadie se las daba. Sucedió, pues, que murió dicho mendigo, y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico y fué sepultado en el INFIERNO, y cuando estaba en los tormentos, levantando los ojos, vió a lo lejos a Abraham y a Lázaro, y exclamó diciendo: Padre Abraham, compadécete de mí y envíame a Lázaro para que mojado la punta de su dedo en el agua, me refresque la lengua, pues me ABRASO EN ESTAS LLAMAS.

Respondió Abraham: Hijo, acuérdate que recibiste bienes durante la vida, y Lázaro, al contrario, males: así éste es consolado ahora, y tú atormentado. Además entre vosotros y nosotros hay un abismo insondable, de suerte que los que de aquí quisieran pasar allá, no podrían, ni de allá para acá, etc."

Como se ve, Jesucristo repite varias veces que los que no cumplen su ley, irán al fuego eterno, a las tinieblas exteriores, en donde será el llanto y el crujir de dientes por una eternidad. Es El, el que lo dice; no son los frailes, no es la Iglesia: es Jesús Nazareno.

Y los discípulos de Cristo lo entendieron

también así, como se prueba por S. Pablo, por ejemplo, quien, en su carta a los de Tesalónica, dice, hablando del juicio, (I, 8, 9) "El Señor vendrá del cielo y aparecerá con los ángeles de su poder, con llamas de fuego, a tomar venganza de los que no reconocieron a Dios y que no reconocen el Evangelio de N. S. Jesucristo, los cuales sufrirán la pena de UNA ETERNA CONDENACION".

De aquí, pues ha sacado el cristianismo su dogma del infierno, sin quitarle ni agregarle nada. Es una ley simple y racional de interpretación de la Biblia, que sus palabras, cuando no son alegorías ni parábolas, se han de entender por el significado natural y corriente.

Así, pues, cuando Cristo habla tantas veces y en la misma forma de un fuego eterno, en donde los que perduran en el mal serán atormentados con la pérdida de la visión de Dios y con sufrimientos corporales, nosotros aceptamos sencillamente sus palabras, tal como suenan; porque no hay ninguna razón para interpretarlas de otra manera y porque no hay, en todo el Evangelio, otras palabras que las contradigan o las suavicen.

Esta fidelidad en aceptar las palabras del Redentor no nos impide suponer que el fuego de que El habla no sea igual al que hay en la tierra; no porque él no la use y emplee siempre en el mismo significado claro y preciso, sino porque aquel fuego del infierno tiene otra misión que el de la tierra: éste es un beneficio para el hombre y aquel un castigo; éste consume y aquél no; éste alumbra y calienta, y el otro produce tinieblas y atormenta a las almas.

Yo podría terminar aquí, puesto que he mostrado el origen elevado y divino de donde el cristianismo ha sacado su creencia en el infierno. No hacemos más que creer a Jesús. Pero voy a mostrar todavía que ésta creencia no admite atenuaciones ni tiene nada de irracional, ni opuesto a la justicia o a la bondad de Dios.

Hay algunos que opinan que debe haber castigo en la otra vida, pero que no pue-

de ser eterno. ¿Por qué? Porque a ellos no les gusta? No solamente por eso — dicen — sino porque basta que el pecador pague sufriendo por algún tiempo y no eternamente.

Daré tres respuestas, aunque bastaría cualquiera de las tres: 1ª Jesucristo habla siempre de castigo eterno. 2ª Más allá del mundo material no existe el tiempo, que es sucesión de hechos materiales, y 3ª porque es un error creer que bastaría cierto tiempo de sufrimientos en la otra vida, para expiar las faltas y la obcecación del pecador que no ha querido arrepentirse. Este error destruye, al fin de cuentas, la diferencia entre el bien y el mal, puesto que después vienen a igualarse en la eternidad.

Además, hay que fijarse que el simple sufrimiento, la pena sola, no expía nada; porque no cambia nada en el corazón. Lo que expía una falta es la pena aceptada por el arrepentimiento. Ahora bien, para que hubiera arrepentimiento en el infierno, se requieren dos cosas: la libertad y la gracia, pero éstas no existen en el alma, más allá de la muerte. No tiene libertad, porque el alma está allá en presencia de una verdad que no les permite elegir; el alma ve, sabe, está segura de Dios y de la verdad, con una certeza que la aplasta, así como yo no puedo elegir aquí entre que dos más tres son cuatro o cinco. Y sin embargo no se vuelve a Dios para implorarlo, porque tampoco tiene la gracia y la gracia le es rehusada, porque sería ya el perdón, el perdón que no quiso cuando podía alcanzarlo y que tampoco quiere, ahora en el abismo del mal. Porque la muerte que lo ha separado del mundo, no lo ha separado de su propio corazón: el orgullo, la impiedad permanecen y viven en él acrecentados por su infortunio, y, blasfemador eterno, rechaza hacia Dios todo lo que siente! Sería preciso, pues, que Dios viniera a rogarlo, contra su voluntad y que, en un momento dado, esta alma pasara del dolor sin arrepentimiento ¿qué digo? del odio y de la blasfemia, al abrazo del amor divino y eterno. ¡Y esto sería justicia! Mas

aún, sería un derecho del hombre. Y los hombres lo sabríamos de antemano en la tierra, y con estos datos fundaríamos aquí la verdad, la justicia y la religión! ¡Dios, el Dios tres veces santo, sería patrimonio inalienable, derecho seguro de todo pecador, y los cielos se abrirían lo mismo para Nerón que para San Luis, con la diferencia de que Nerón entraría más tarde, a fin de que tuviera tiempo de coronar la impenitencia de su vida, con la impenitencia de su expiación!

Véis, señores el absurdo de esta solución. O hay castigo eterno, o no hay castigo. De otro modo no lo es. Nada le importará al malo un plazo desagradable más o menos largo, si sabe que al fin le aguarda una felicidad infinita, una felicidad de la cual ni el mismo Dios puede privarle. Para que le importara, sería necesario hallar una diferencia esencial entre una eternidad de felicidad, precedida de sufrimientos pasajeros, y una eternidad de felicidad pura y simple; pero esa diferencia no es más que un accidente, una gota de agua ante la eternidad dichosa.

La solución del infierno temporal es incompleta; veremos, en la tercera parte la solución de la transfiguración de las almas y del aniquilamiento de las mismas.

Viendo el absurdo de suponer un infierno a plazo, algunos han imaginado que el castigo podría consistir en el aniquilamiento del pecador. La muerte del alma, la nada, sería una pena casi infinita en un ser destinado a la inmortalidad.

—No obstante, pensándolo bien, la pena sería insuficiente y convertiría al pecador en dominador de Dios. En efecto, el pecador desea la muerte; el pecador desea su destrucción, porque lo libra de Dios, y lo libra para siempre. No habría más que hacer en la vida todos los crímenes, y después... no iría al cielo; pero volvería a la nada al no ser, a no sufrir. ¡Vaya un castigo!

Aún haría al pecador dominador de Dios, porque lo obligaría a destruir su obra, a

hecho para que existiera para siempre. El pecador, después de matar aquí abajo su cuerpo, mataría arriba su alma, y este asesinato de su alma, el mayor de todos los crímenes, sería su único castigo! ¡Linda justicia!

Una serie de vidas sucesivas en que el hombre vaya expiando sus delitos anteriores tampoco satisfacen esta necesidad de justicia. En primer lugar no hay ninguna prueba de estas vidas anteriores: nadie las recuerda, y por tanto no son una sanción ni un medio de mejorarnos. Además, si voy a vivir otra vez para reparar esta vida, la primera vida resulta inútil.

Finalmente ¿por qué el alma que se ha negado a reconocer y servir a Dios en la primera se arrepintió en la segunda? El alma es la misma, y si sabe que por muchas vidas que tenga, al fin siempre llegará al cielo, procurará divertirse en todas, sin que Dios pueda detenerla ni castigarla jamás de otro modo, que concediéndole nuevos medios para nuevas ofensas. No se diga que se cansaría de la monotonía de sus viajes, y de sus faltas; al contrario el panorama sería siempre nuevo. En vez de la horrible perspectiva del juicio que hace de la muerte un escollo solemne de la vida, el pecador bajaría al sepulcro con la seguridad de un viajero que cruza un pórtico, y con la ironía de la impunidad podría decir: El universo es grande, los siglos largos, terminemos pronto la circunnavegación de los mundos y de los tiempos. Pasemos de la tierra a Marte, de Marte a Saturno, y si acontece, después de recorrer espacios y mundos sin cuento, que los planetas lleguen a faltarnos nos presentaremos a Dios y le diremos: ¡Hémos aquí! nuestra hora es llegada, hay esos nuevos mundos, porque si tú estás cansado de esperarnos, nosotros no lo estamos de caminar, de maldecirte y de vivir sin ti!—Tal es, señores, en la doctrina de la transfiguración de las almas, la conclusión dada al orden moral.

Ni el aniquilamiento, ni el infierno a plazo, ni las vidas sucesivas, ninguna de estas débiles invenciones humanas resuelve

desdeshacer lo que El ha hecho y lo que ha más allá de la vida el problema de la ley moral, ni asigna a la libertad su recompensa y su castigo justos. Mucho menos caben estas interpretaciones dentro de las palabras claras y terminantes de Cristo. Estas encierran así la única solución del problema moral, solución razonable y develada al mismo tiempo.

Hemos expuesto las tres hipótesis ideadas por el hombre para proporcionar sin el infierno, una sanción ultraterrena a la ley moral, y hemos visto que ni un infierno temporal, ni la transmigración de las almas, ni la muerte y aniquilamiento definitivo del pecador, son verdaderas sanciones. Únicamente el dogma cristiano del infierno, enseñado por Jesucristo, está de acuerdo con la razón, que exige esa sanción, base de toda moralidad.

En efecto, señores, si pensáis bien, la doctrina católica es muy sencilla: Dios crea al hombre, y le da como fin la felicidad en la visión y posesión eterna del mismo Dios; para esto exige el cumplimiento de su ley durante el plazo de la vida, ofreciéndole a la vez los medios de cumplir y hasta de levantarse cuando ha caído. Si el hombre quiere, es fiel y obtiene su fin. Pero sino lo quiere, Dios respeta su libertad y lo deja realizar su decisión, estableciendo un momento preciso para que sea irrevocable. El hombre apartado de su fin, naturalmente es desgraciado; y como su fin era proporcionado a sus méritos, y eterno, su desgracia también lo es. Esto es todo: ¿qué hay de irracional en ello? Cualquiera de nosotros, colocado en el lugar de Dios ¿no haría lo mismo?

Tan razonable es esta doctrina, que toda la filosofía antigua y todas las religiones han creído en esta sanción. "Todos los muertos — dice Sócrates — son conducidos ante el juez supremo. Los impíos que han despreciado las leyes santas son precipitados en el Tártaro, para no salir jamás de él y para padecer allí tormentos horribles y eternos. Después de haber re-

flexionado detenidamente y de haberlo examinado bien todo, nada he encontrado que sea más conforme a la verdad, a la sabiduría y a la razón". (Platón-Gorgias).

Podría citar expresiones de Cicerón, Horacio, Virgilio y otros que afirman la eternidad del Averno, nombre con que los romanos designaban el lugar de los tormentos ultraterrenos.

Lo mismo afirman la religión de los 16 Persas; el Islam, etc., y todas las sectas protestantes. Nadie ha afirmado más el infierno que Lutero. Mas se presentan algunas objeciones.

Se dice que un pecado de un momento no puede castigarse con una pena larga. Mas, no es la duración ni el largo lo que le da gravedad a un delito: un asesinato o un robo dura un minuto y es castigado justamente con varios años de presidio, o prisión perpetua. Dos amigos pelean en cinco minutos y se separan para siempre.

Según el cristianismo, las relaciones de amistad que hay entre Dios y el hombre, se rompen por el pecado mortal. Esta ruptura es infinita en cierto sentido y perpetua en sí y en sus efectos.

En sí, porque la ofensa se mide por la dignidad de la persona ofendida; exige por tanto una satisfacción infinita; la cual somos las criaturas, incapaces de dar; y no dando a Dios esa satisfacción permanece rota la amistad con él.

Es perpetua en sus efectos esta ruptura, porque el pecado mortal deja en el alma una mancha que ella no tiene el poder de borrar. Entonces mientras el mismo Dios no se la borre, mientras Dios no se la perdona, ahí queda. Luego la ruptura con Dios es de suyo perpetua en sí y en sus efectos. Sólo a Dios es dado depararla, y Dios está pronto a ello, y para eso mueve y exhorta al pecador a convertirse.

Pero, si el hombre se obstina en el pecado hasta morir en él ¿qué queréis que haga Dios? ¿Qué le dé un nuevo plazo? Sería lo mismo; no le ha dado años y años?

Si teniendo la amenaza de un castigo eterno, no se ha arrepentido, ¿creéis que se

arrepentiría teniendo la esperanza de que le daría un nuevo plazo? ¿No brilla en esta espera la bondad de Dios? No pueden ir al cielo, puesto que no lo quiso el pecador, tendrá que ir al infierno porque el culpado debe ser penado; porque la pena, cuyo objeto es establecer el orden, tiene que durar cuanto dura el desorden; porque la pena no se borra sino por el arrepentimiento, éste terminó ya su plazo.

La bondad de Dios y su misericordia brillan justamente en estos largos plazos que Dios nos dá. En rigor, bastaría un pecado mortal consentido, para irse al infierno; pero Dios nos espera largamente, nos aguantan nuestras ofensas, nos llama y nos perdona muchas veces, y, según aparece en las páginas del Evangelio, especialmente, en la parábola del hijo pródigo, nos busca y nos espera. Y sólo cuando el hombre se obstina en quedarse en su pecado, agotadas ya las misericordias que Dios tenía para esa alma, llega su justicia.

¿Contra la bondad?

Se dice por sentimentalismos. Mas, ¿es contra la bondad castigar a un culpable? Entonces la justicia no sería virtud, o habría dos virtudes opuestas. Me diréis: repugna a la bondad que el castigo sea eterno. Pero ya he probado que si no es eterno, no sería castigo verdadero, sino una burla.

Lo que se imaginan la bondad, la bonachonería. Si castigar al culpable repugna a la bondad; deberíamos reprobar la justicia humana que también castiga a los culpables. Y si en la sociedad humana no sólo no es malo, sino que es necesario a su perfección castigar a los delincuentes, así también el que Dios castigue a los pecadores es no solamente bueno, sino necesario para la perfección del universo. ¿Qué sería del orden moral en el mundo, si Dios fuese indiferente al crimen y a la virtud! si a Dios le importase lo mismo una blasfemia que una oración. Eso equivaldría a suprimir la ley moral y la conciencia, pues si se le quita su sanción se la deja ineficaz, entera-

mente inútil. Y esto querría decir en Dios, no bondad; sino falta de bondad.

Justamente, como dice el Dante, el infierno fué hecho por la justicia y por el amor de Dios. Por el amor, porque es un medio de mantenernos en el bien, de obligarnos a vencernos y a vencer los vicios; un Dios que no se preocupara de mí, un Dios al cual le diese lo mismo un vencimiento que un delito, sería un Dios indiferente, que no se ocupa de mí, pero de ninguna manera un Dios amante.

Porque nos ama—como un Padre—quiere como un padre—llevarnos al bien. Si sola la justicia hubiese abierto el abismo aún habría remedio, pero lo ha abierto también el amor: esto es lo que ahoga toda nuestra esperanza. Cuando condena la justicia, se puede recurrir al amor, pero cuando es el amor el que condena ¿a quien se recurrirá? Tal es la suerte de los condenados. El amor que ha dado su sangre por ellos, ese mismo amor es el que los maldice... ¡Cómo! Un Dios habrá bajado a la tierra por nosotros, habrá tomado vuestra carne, hablado vuestra lengua, tocado vuestra mano, curado vuestras llagas, resucitado a vuestros muertos... ¿qué digo? Un Dios se habrá entregado por vosotros a las injurias y salibajos de la traición, se habrá dejado desnudar, en una plaza pública, entre prostitutas y ladrones, atar a un poste, azotar con varas, coronas de espinas: habrá muerto por último, en una cruz. Y después de esto ¿creéis que os será permitido blasfemar y reír, y entrar sin temor en el banquete de nuestros deleites? ¡Oh! No. Desengañaos: el amor no es un juego. Dios no ama impunemente hasta el patíbulo. No es la justicia la que no tiene misericordia, sino el amor que es implacable. El amor es la vida o la muerte, y si se trata del amor de Dios, es la vida eterna o la muerte eterna.

Supongamos, señores, que alguno no se haya convencido con las razones que he dado; supongamos que su inteligencia se niega a aceptar el infierno, porque no le gus-

ta; yo le diría: aunque entre las razones de usted, entre la opinión de usted y la de Jesús Nazareno—que toda la humanidad considera como el primer hombre, el primer sabio, el primer filósofo del mundo, prefiero quedarme con la opinión de Jesús.

Al que se irrita porque nosotros creemos en el infierno, le diré: amigo ¿no cree usted que si Jesucristo nos lo ha enseñado debemos creerle? ¿No cree usted que es mejor vivir—en todo caso—como si hubiese infierno? ¿Qué gana, qué busca la Iglesia al repetir esta enseñanza de Cristo, qué busca? Busca que los hombres sean mejores, que no sean viciosos, que sean buenos: al ladrón le dice: “no robes, porque te puedes ir al infierno”; al mentiroso le dice... al borracho le dice... al mezquino le dice..., al ambicioso le dice... al hijo le dice: obedece a tus padres... al padre le dice: ama a tus hijos, porque si no, te irás al infierno. Yo pregunto, señores, ¿hacemos mal en esto? o ¿hacemos bien? El pensamiento del infierno es el mayor elemento moralizador que el cristianismo ha dado a los porfiados y a los viciosos. Si este es el crimen de que queréis acusarnos, yo acepto esa acusación.

Sin duda, hay oradores que exageran el aspecto sensible de las penas del infierno, las penas de sentido; pero lo hacen porque

efectivamente aquellas, según Jesús, serán terribles, y porque efectivamente son las que mejor comprende la mayoría. Y aunque exagerarán ¿qué mal hay en ello? ¿a quien se hace daño? ¿no tiene ese recuerdo el fruto de hacer mejores a los hombres?

La Iglesia no ha hecho gran cuestión del infierno. Dentro de sus dogmas ocupa un lugar secundario. Entre los innumerables libros que ha producido el catolicismo en dos mil años, sobre el tema que menos se ha escrito es sobre el infierno. No ha sido tampoco éste el pensamiento que ha movido a sus hombres, a sus santos, a sus artistas. El cristianismo ha predicado constantemente el amor; ha sido el amor y no el temor, el que ha movido a sus santos, todos los cuales podrían decir el célebre soneto:

No me mueve mi Dios para quererte
El cielo que me tienes prometido
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.

¡Tú me mueves, Señor! Muéveme el verte clavado en una cruz y escarnecido!
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
Muévenme tus afrentas y tu muerte,
Muéveme, en fin, tu amor, en tal manera que aunque no hubiera cielo yo te amara, y aunque no hubiera infierno, te temiera.

“VERDAD”

PUBLICACION QUINCENAL
ORGANO DEL PENSAMIENTO CATOLICO

Colaboran: Carlos Silva Vildósola, Ricardo Boizard, Oscar Larson, Eduardo Frei, Dr. Julio Santa María, Luis Barrantes Molina, Manuel Larrain, Dr. Ignacio Matte Blanco, Carlos Rosan, Dr. Arturo Droguett del Fierro, Enrique Soianich, Manuel Marchant Herrera, etc.

HUMBERTO PINTO DIAZ,
Director.

El Espíritu Parroquial

Conferencia dictada en el Teatro Miraflores el 13 de Octubre de 1931, por
D. Carlos Silva Vildósola, bajo los auspicios del Centro de Estudios Religiosos

Un seglar

El espíritu parroquial. Se diría que el tema es de naturaleza propia para ser discutido por un eclesiástico y hasta se puede acusar de presuntuoso a un seglar que se atreve a tocarlo ante un auditorio como el que reúne en sus conferencias el Centro de Estudios Religiosos. Si me he atrevido a traer ante vosotros algunas observaciones sobre el espíritu parroquial y la parroquia en general, es porque este centro es obra de laicos para su propia cultura religiosa, aunque sometidos, como toda institución católica debe estar, a la autoridad dogmática de la Iglesia representada por sus Obispos y sacerdotes.

No haya temor de que penetre en campos vedados para un seglar, desprovisto como yo me hallo de especiales estudios o conocimientos profundos en estas materias. Lo que he de decir, inspirado por una buena intención de aprender yo mismo, no es más que el resultado de observaciones de la vida ordinaria de un católico que no es ni muy ilustrado, ni muy piadoso, que no se siente columna de la Iglesia, ni cree poder edificar a sus semejantes.

Por largos años el problema de la organización de la Parroquia me ha preocupado, inspirándome una especial simpatía cuanto se relaciona con esta forma primaria de la organización de la gran sociedad, de origen divino y humana conveniencia, que llamamos la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Observaciones hechas en varios países me permitieron comparar. Y en los últimos diez o doce años los enérgicos esfuerzos de las autoridades de la Arquidiócesis de Santiago para organizar sus parroquias y dotarlas de nueva vida y de un espíritu más conforme con las necesidades de los tiempos, me han convencido de que, al tocar la cuestión parroquial, abordo un

tema de apariencia humilde, pero de un altísimo valor espiritual y temporal, religioso y social, al cual cada uno puede allegar alguna contribución de buena voluntad.

No puedo olvidar que por tradición del tiempo de los Apóstoles, oscurecida a veces y no siempre bien practicada, los seglares tenemos deberes precisos en la organización de la Iglesia de que somos miembros, y bajo la autoridad del sucesor de San Pedro, del Obispo y del párroco, podemos y debemos contribuir a que la parte que nos corresponde sea digna de los beneficios que la Iglesia nos ofrece.

Origen de la Parroquia

La Parroquia es una forma tan natural, tan lógica, de la organización de la Iglesia, que ella aparece desde los primeros siglos del cristianismo y apenas el aumento del número de fieles y la extensión de los territorios en que se difundía la nueva religión, la iban haciendo necesaria. Mientras los cristianos eran sólo habitantes de las ciudades y en número reducido, podían los Obispos, herederos de los primeros discípulos de Cristo, conservar el contacto directo con ellos para la enseñanza de la doctrina, las funciones del culto divino y la administración de los sacramentos. Pero a medida que el número crecía y que había cristianos habitantes de los campos y aldeas, el Obispo hubo de nombrar delegados suyos que, con cierta autoridad, desempeñaran algunas de estas funciones, las más indispensables en la vida ordinaria.

La palabra parroquia, de origen greco-latino, significa vecindario. Por sí sola indica el carácter reducido, modesto, de la jurisdicción de aquellos primeros párrocos y señala el aspecto casi familiar que se dio a los delegados del Obispo. Desde el siglo

III las viejas crónicas cristianas hablan de estos sacerdotes que en los campos y con funciones permanentes, no en calidad de misioneros de paso, administran iglesias. Uno de los cánones del concilio de Calcedonia en 495 emplea ya la palabra parroquia para designar las iglesias de campo.

En la Epístola de San Pablo a Tito, su amado discípulo a quien el mismo Apóstol había consagrado Obispo, se lee: "Yo te dejé en Creta para que arregles lo que falta y establezcas presbíteros en las ciudades como yo te lo he ordenado". Donde ya se advierte la organización del Obispado en parroquias.

Es, pues, el del párroco un ministerio delegado del Obispo, que algunas sectas heréticas han pretendido con notorio error equiparar al de este último: pero que tiene hasta cierto punto carácter pastoral. El Tridentino, recogiendo la tradición de siglos anteriores, habla a los párrocos de apacentar sus ovejas.

La frase se ha repetido tanto que debiera omitirla sino fuera que no hay otra más precisa: la Parroquia es la célula de la Iglesia, es la pequeña celda que contiene en sí todos los elementos de vida esenciales del organismo sujeta a la autoridad y conservando la armonía suprema del conjunto. Sin la organización parroquial no hay vida en la Iglesia, como muere el cuerpo cuyas células dejan de funcionar. No podemos hoy, con la Iglesia universal, con su acción entendida sobre millones de seres humanos, en territorios vastísimos y en ciudades de gigantesca población, concebir la Iglesia sin la parroquia.

La Iglesia Universal

No existe ni ha existido jamás una sociedad humana más vasta, en su desarrollo o extensión, en el número de sus miembros y en sus fines que la Iglesia Católica. No tiene fronteras de nacionalidad o de lengua o de raza. No conoce regímenes políticos de preferencia, si se ajustan a las grandes le-

yes de la moral individual y social. Recibe en su seno a todos los habitantes del planeta que profesan su fe y se someten a su autoridad. Y si bien su fin altísimo y primordial es la santificación de las almas para alcanzarlo tiene que intervenir en cada detalle de la vida del hombre, legislar para todos los aspectos de su actividad moral y material, señalarle reglas de conducta y asistirlo en su cumplimiento. Además, la Iglesia es esencialmente docente, fué encargada por su fundador divino de enseñar a todas las gentes la doctrina del Cristo como está contenida en los Evangelios que sus discípulos escribieron.

Considerada humanamente, esta magnitud de la Iglesia, hecho real y positivo que podríamos confirmar con estadísticas, parece un fenómeno inexplicable. Mantener veinte siglos una institución de estas proporciones, cualquiera que sea su carácter y por nobilísimos que fueran sus fines, sería una pretensión fantástica si la Iglesia no hubiera sido de origen divino y si la asistencia de Jesucristo, prometida en hora solemne, no se hubiera hecho sentir sobre ella en cada instante de su historia milenaria. Todas las tentativas de grandes federaciones de pueblos, todos los sueños de reunir a las Naciones para conservar la paz y protegerse mutuamente, o han fracasado o hacen una vida precaria. Y aun todas ellas parecen mezquinas y pequeñísimas comparadas con la duración de la Iglesia Católica, su difusión en el mundo y su autoridad sobre las conciencias de tantos millones de hombres.

Acción de la Parroquia

En la base de esta portentosa organización está la Parroquia. En ella encuentra el contacto directo, inmediato, de cada día y de cada aspecto de su existencia con la Iglesia universal. Por su medio cumple las obligaciones religiosas, recibe sacramentos, asiste a los actos del culto, tiene obras que le permiten practicar las virtudes esenciales, está amparado y guiado en cada paso

de su vida mortal y conducido maternalmente hacia sus destinos eternos.

La acción de la Parroquia, tal como la vemos en la rutina de su desarrollo, es de maravilloso detalle y puede decirse que se ajusta a las necesidades, de todo ser humano sin descuidar una sola desde que el hombre nace hasta que muere. Ella lo recibe en las primeras horas de su existencia, se asocia al regocijo de la familia, lo incorpora en el número de los miembros de la Iglesia, le extiende los beneficios de la redención por el bautismo, le da un nombre, le crea una personalidad. Al despertarse la razón, comienza la Parroquia a enseñar al niño la doctrina y con ella las oraciones que habrán de servirle para pedir al Padre Nuestro que está en los cielos el pan de cada día y el perdón de sus deudas: lo inicia en el mayor de los sacramentos, después de haber despertado su conciencia rudimentaria a la noción del bien y del mal, al sentido del arrepentimiento, de la expiación y de la perfección moral. Un día lo confirma como cristiano, consciente ya de su dignidad de tal. Cuando quiere fundar un hogar bendice su amor y le entrega una esposa, nó una esclava, según la bella fórmula, y le fija las normas de la vida conyugal leyendo ante los desposados un código sublime escrito hacen cerca de dos mil años y que contiene todos los principios fundamentales de la organización de la familia en la vida civilizada. En la pobreza, la Parroquia por medio del párroco o de las obras parroquiales, lo visita, le lleva asistencia, socorro material y consuelo espiritual: gracias a ella no está sólo, ni puede padecer miseria absoluta. La Parroquia es intermediaria entre los que poseen bienes de fortuna y los que padecen necesidades. En las horas de ansiedad y dolor, la Parroquia le lleva con el Viático la visita de Jesucristo, promesa de una existencia mejor, prenda de misericordia y de esperanza. Y un día, cuando sus pobres despojos van a ser entregados a la tierra, la Parroquia los recibe en el templo, vestida de duelo como

una madre que ha perdido a su hijo, enciende en torno de la caja que los guarda los cirios de la fe ardiente y del recuerdo que no muere, y en la pompa de uno de los oficios más bellos y conmovedores, más penetrados de filosofía consoladora, los despide pidiendo por la paz del alma que ha partido, regándolos con el agua lustral y quemando delante de ellos el incienso, símbolo admirable que asciende en nubes a la bóveda.

La naturaleza de la Parroquia exige que sea pequeña. Así nació en los campos y recibió su nombre de vecindario que supone un número restringido de habitantes unidos por vínculo de proximidad, intereses comunes y conocimiento mutuo. Para que la acción de la Parroquia sea eficaz es menester que el párroco conozca a sus feligreses y esto sólo puede ser si su territorio no es demasiado extenso y si hay estabilidad en el gobierno parroquial.

La organización parroquial chilena ha adolecido del grave defecto de la excesiva extensión de las Parroquias. No era posible evitarlo. La poca densidad de la población, esparcida en los campos sobre enormes territorios y en ciudades de área considerable, con comunicaciones que sólo en los últimos años han mejorado y antes se cortaban del todo durante los meses de invierno, ha hecho muy dura la labor de los párrocos y casi imposible realizar el ideal de su acción directa sobre cada feligres. Por otra parte, y este es el problema latente de la Iglesia chilena, más agudo aún en los Obisposados sufragáneos que en la Arquidiócesis, hay gran escasez de clero. Si los Obispos no crean nuevas Parroquias, muchas veces sólo se detienen ante la dificultad de encontrar párrocos, es decir hombres jóvenes y enérgicos, con el espíritu especialísimo que se necesita para esta cura de almas. Durante su administración Monseñor Crescente Errázuriz, mejoró mucho la situación Parroquial en la ciudad de Santiago. Reducido el territorio de la Arquidiócesis por la erección de los Obisposados de Valparaíso, San Felipe y Ran-

cagua, pudo hacer nueva división parroquial, crear en la Capital la Parroquia pequeña y halló un grupo de jóvenes sacerdotes que hoy realizan hasta donde es humanamente posible el ideal completo de la acción del Cura.

Obras parroquiales

Supuesta la restricción prudente del territorio y la población, la estabilidad del párroco y el espíritu de éste, la Parroquia pasa a ser Centro de una serie de obras de diverso orden que pueden dividirse principalmente entre las de piedad y las de caridad. No he de señalar cosa alguna extraordinaria o maravillosa sino aquello que la tradición ha consagrado y que en ninguna Parroquia especialmente de la ciudad, es difícil de organizar. A este número pertenecen la adoración del Santísimo Sacramento con personal que no cesa en su labor reparadora y de impetración. No hay Parroquia que pueda descuidar la fundación de una Conferencia de San Vicente de Paul y a menudo es posible tenerla de hombres y de mujeres. Naturalmente, me refiero a estas asociaciones, sin perjuicio de las cofradías, hermandades y otras que la costumbre ha creado y que el Cura adapta a las necesidades del grupo humano que se le ha entregado.

La Conferencia de San Vicente de Paul es institución que no requiere esfuerzo material alguno. Producto de una caridad ingeniosa y de una comprensión habilísima del estado social de nuestra época, la Conferencia no exige grandes limosnas, es obra esencialmente anónima y colectiva, donde se hace mucho si hay recursos suficientes y siempre se hace el máximo de lo posible. La visita a los pobres no es en la Conferencia una simple fórmula. Antes de la invención de las modernas visitadoras sociales, el catolicismo ha creado esta institución en que la visita no sólo lleva el auxilio material, sino además el consuelo, la ayuda moral, la asistencia en las dificultades de la vida para defender la

familia, organizarla según la moral de Cristo y las leyes del país, y hacer del hogar miserable un centro de vida sana para la patria y para la religión. El Cura inspira la Conferencia, la mantiene dentro de sus admirables reglamentos dictados tanto con espíritu de caridad como bajo una inspiración altísima de servicio social. El Cura escoge las personas que deben ocuparse de esta tarea, las aconseja, las ayuda y sirve de consultor en cada caso delicado, pues no son pocos los que se presentan.

Nunca se insistirá lo bastante en la necesidad de que cada Parroquia de cada ciudad tenga una Conferencia de San Vicente de Paul. Es preciso haber llegado a los días de miseria, de desocupación, de hambre que hoy atravesamos, para comprender el valor de esta organización. Las Conferencias de Santiago son ahora la base de la acción de las Parroquias tan oportunamente estimulada en favor de los cesantes por el actual Arzobispo Monseñor Campillo.

'La familia Parroquial

Si la Parroquia es pequeña y el Cura permanece en ella por algún tiempo, aplicando su espíritu al ministerio que se le ha dado, muy luego comenzará a sentirse como rodeado de una gran familia y habrá conseguido conocer a sus feligreses, que éstos lo conozcan a él y le otorguen su confianza, y que se conozcan entre ellos. Y es, en nuestro entender la concepción católica de la Parroquia: una prolongación de la familia.

En las enseñanzas de los primeros apóstoles hallaremos numerosas que mandan a los cristianos vivir unidos como una familia. Las que entonces se llamaban Iglesias diversas, y a las cuales se dirigen las epístolas, tienen el carácter de la Parroquia moderna, son agrupaciones, entonces pequeñas, de cristianos que viven espiritualmente en familia.

El final de la Epístola de San Pablo a los Romanos da este respecto una luz sin-

gular; el Apóstol pide que saluden a cada uno de sus amigos de aquella naciente Iglesia, grupo en que todos se conocen, se ayudan y juntos trabajan por el Evangelio. La larga enumeración de nombres da a esa Epístola, uno de los documentos más sublimes del cristianismo, un carácter absolutamente familiar. "Saludad a Phebe nuestra hermana que está en el servicio de la Iglesia de Cenchrea... saludad a Epeneto mi amigo, a Andrónico y a Junia mis parientes, a Ampliato a quien amo entrañablemente en el Señor", y así veinte o más. A veces envía saludos para familias enteras como "a los de la casa de Narciso que son en el Señor". Les recomienda la unión que eviten las disensiones, que sean obedientes. Y luego les comunica saludos de los de Corinto donde escribió su epístola antes de partir a Jerusalén mediante las limosnas que habían reunido los de Acaya y Macedonia. Todo tiene un perfume de estrecha vida doméstica y cada grupo cristiano evoca sin esfuerzo la Parroquia moderna.

Sería hasta peligrosa la ilusión de tratar de vivir como los cristianos primitivos. No se repite la historia humana, no se restablecen costumbres y circunstancias abolidas por siglos. Pero tampoco se puede dudar de que el ideal de los cristianos de hoy debe ser acercarse cuanto les sea posible al espíritu de los cristianos que habían recibido la tradición de los discípulos de Cristo. En ese espíritu hallamos ante todo la noción de una familia espiritual en torno de los Apóstoles y de sus representantes o delegados, y sólo en la Parroquia podemos aproximarnos a tal tradición.

La Parroquia debe ser para nosotros una familia en la cual tenemos derechos y obligaciones. Estas últimas se asemejan a las que nos unen a la familia natural, ligando a los descendientes de un mismo tronco que viven bajo un techo y se asisten mutuamente en la vida. Actos colectivos, prácticas en común para el cumplimiento de los fines de la Parroquia que son primariamente espirituales, pero tienen mucho

de temporal o mejor dicho se relacionan con la vida ordinaria de cada hombre, y sobre todo deber de mantener la Parroquia y de convertirla en un centro de solidaridad y de cooperación para el bien espiritual y material de todos.

Lo que debemos a la Parroquia

Tenemos derechos en la Parroquia, pero son o deberían ser correlativos de las obligaciones que le debemos. Esperamos de la Parroquia el servicio divino, los sacramentos, la asistencia en las necesidades el consejo, el consuelo. En cambio, le debemos la asistencia a los actos del culto, la cooperación en las obras piadosas para perfeccionamiento espiritual y la contribución pecuniaria para su mantenimiento.

Dentro de la Iglesia Católica es imposible aplicar el criterio con que se regulan en la sociedad civil las relaciones del individuo con el Estado. Tienen derechos los que cumplen deberes y pueden reclamar los beneficios los que han contribuido a mantener el Estado. La Iglesia es demasiado madre, está abierta a todos, a los que cumplen y a los que no cumplen, a los que la aman y a los que la abandonan. Su fundador la quiso así, pronta a sacrificarse por la oveja perdida y abandonar por ella a todas las otras del rebaño.

Pero, entre tanto, los tiempos han ido haciendo cada vez más imperativo el deber para los católicos militantes, los que se profesan hijos de la Iglesia y manifiestan en hechos su voluntad de vivir en comunión con ella, de contribuir a su sostenimiento.

Cuando se discutía la reforma constitucional para la separación de la Iglesia y el Estado en Chile, tuve oportunidad de oír muchas veces discurrir sobre este problema al Arzobispo Errázuriz. El gran Prelado miraba el futuro con inquietud. La ruptura del vínculo no sólo le parecía una violación de la doctrina, sólo tolerable para evitar mayores males sino que además temía posibles consecuencias penosas para la vida de la Iglesia.

Los católicos chilenos con espíritu formado en la secular unión del Estado y la Iglesia, habían terminado por creer que era obligación de la Corona durante los tiempos coloniales, y del Estado en la República, mantener el culto, dar a los Obispos y Curas lo necesario para su subsistencia y para las obras católicas. ¿Contribuirían generosamente cuando el sostenimiento de la Iglesia estuviera entregado al sólo esfuerzo de sus miembros laicos? Monseñor Errázuriz lo dudaba, por lo menos temía que esto no se verificara sino después de algunos años, cuando se hubieran formado nuevos hábitos y los fieles despertaran a la conciencia de estos deberes.

La contribución en dinero

Se creó el Dinero del Culto. No me imagino que sus resultados correspondan a las necesidades de la Iglesia. Hay gran laxitud para cumplir este deber. Gentes que se consideran modelos de católicos, o no pagan su contribución o la pagan en proporción mucho menor de lo que debería ser conforme a su renta. Sentiría herir a personas que siempre se mostraron generosas y acuden con celo y entusiasmo a ayudar a la Iglesia. Pero tengo el convencimiento que amargaba esos últimos años del gran Arzobispo Errázuriz: los católicos chilenos, en general, no juzgamos las excepciones numerosas, sólo se acuerdan de la Iglesia cuando están para morir y viendo que no se pueden llevar el dinero al otro mundo, destinan una parte a una especie de cohecho espiritual con el objeto de librarse del infierno. Son indudablemente muchos más los que dan por miedo al infierno, que los que dan por sentido del deber o caridad. Y esto lo hemos heredado de nuestros abuelos españoles y quien lo hereda no lo hurta.

La separación debimos hacerla los católicos, después que fué consagrada en las leyes civiles, en forma de una diferenciación neta y precisa entre los que son cató-

licos y los que no lo son. Entregada la Iglesia a nuestros cuidados y responsabilidad en lo que toca a sus necesidades materiales, hemos debido definir bien los campos: de un lado los que están dispuestos a cumplir las obligaciones, espirituales o financieras: del otro los que no son creyentes y no se sienten obligados. Era ese el momento para poner término a esta flojedad de los vínculos que hace que un gran número de gentes se llamen católicos y hasta se consideren una honra del catolicismo e hijos predilectos de la Iglesia, sin que estén dispuestos a hacer el menor sacrificio por ella.

Si el Dinero del Culto es la contribución general que todo católico debe a la Iglesia, el hecho de pagarlo con estricta exactitud en el tiempo y en la cantidad, no puede liberarlo de la obligación de contribuir también a mantener su Parroquia. El primero se puede comparar con el tributo que se paga al Estado para los servicios generales de la colectividad: el auxilio a la Parroquia es un gasto de familia, es un deber casi doméstico.

Cierto es que muchas personas ayudan a sus Parroquias; pero también lo es que muchos católicos (me refiero siempre a los que se profesan tales y practican su religión) dejan en completo olvido la Parroquia, no frecuentan la Iglesia Parroquial, no pertenecen a sus obras y no contribuyen a su sostenimiento.

Ha sido siempre para mí motivo de observación la pobreza de las colectas de la misa dominical en nuestros templos parroquiales, aún de aquellos frecuentados por gente de fortuna, o por lo menos que dispone de medios. Largos años de residencia fuera de Chile me habían habituado a la idea de que toda persona que asiste a la misa debe dar algo, aunque sea una moneda de cobre, signo de la más modesta representación del dinero, un *sou* en Francia, un penique en Inglaterra, un níquel en los Estados Unidos, un pfennig en Alemania. Me había habituado a la noción de que no se trataba en este caso de dar una limos-

na admirable por lo cuantiosa, sino de unirse por un pequeño vínculo material a la congregación de los fieles. Y esto lo veía en templos donde además se paga una contribución por ocupar un asiento en ciertas misas, y donde se pasa el plato o el saco de la colecta dos o tres veces con fines especiales de caridad o de sostenimiento de la Iglesia que se anuncia al hacer la colecta. Y nunca podré habituarme al espectáculo de nuestras Iglesias, en las que nadie se siente obligado a dar, y sólo pocos dan y lo que dan es poco.

Algunos de los curas activísimos y muy celosos que hay en Santiago, han adoptado la costumbre tan común en otros países de leer en la misa mayor de la Parroquia, las cuentas parroquiales. He oído criticar esta excelente costumbre. Las gentes no quieren que les recuerden su obligación, les agrada tener todas las ventajas que la Parroquia ofrece, pero sin ayudarla. Al discutir esta materia, como es inevitable, sale ahora la crisis como explicación y excusa de toda negativa para contribuir con dinero. Pero cuando la crisis es invocada por personas que todavía tienen en medio de su pretendida pobreza, dinero para ir casi todos los días del año al cinematógrafo y para adquirir muchos objetos de carácter suntuario, aumentando la crisis con los pagos al extranjero, me permito poner en duda la realidad de la situación desesperada en que se consideran si se les pide que depositen diez o veinte centavos en el platillo o saco durante la misa.

Considero de gran eficacia la costumbre de leer en la misa las cuentas de la Parroquia, sus entradas y sus gastos, su saldo a favor o su déficit. Esto pone a los feligreses en contacto directo e íntimo con la vida de la corporación o grupo religioso a que pertenecen, les hace entrar en la vida parroquial, los incorpora en sus actividades piadosas o caritativas, despierta su celo, ahorra al cura el tener que mendigar, auxilio tarea siempre penosa y antipática, puesto que es deber de los seglares atender a sus necesidades.

Tengo en mis manos el balance de una pequeña parroquia de Nueva York, correspondiente al año 1930, distribuido a los fieles en la Iglesia de Santa Catalina, (Washington Heights), a comienzos del presente año. Es una hoja impresa con el título de "Informe Financiero" y está firmada por los dos "trustees" o fideicomisarios de la Parroquia, es decir, dos feligreses, de ordinario, hombres de negocios o comerciantes, que el párroco designa para que inspeccionen las cuentas y presenten el balance anual que pone en conocimiento de la congregación de fieles la marcha de los asuntos económicos de la parroquia.

No conozco esta Iglesia de Santa Catalina, pero por el barrio en que está situada pienso que no habrá en la Parroquia una población de más de 1,500 a dos mil católicos.

En la columna de las entradas aparecen 26,958 dólares por los pequeños derechos que se pagan para ocupar banco o silla en la Iglesia. Las colectas ordinarias de domingos y días festivos han producido en el año 21,149 dólares; las extraordinarias han dado en la Pascua de Resurrección más de 3,000 dólares, en Navidad 4,108. Además, se han recogido fuertes sumas con fines especiales, como la Escuela Parroquial, la Propagación de la Fe, la vasta asociación de "Caridades Católicas Unidas", el Seminario de la Diócesis, el Santo Padre y otros varios objetos.

En los gastos figuran ante todo los emolumentos del clero, (3,795 dólares), servicios extraordinarios del mismo, la capilla de cantores, los elementos necesarios para el altar, conservación de la casa, luz y calefacción, aseo, seguros, contribuciones, reparaciones, impresiones, etc.

Al mismo tiempo se han reparado el techo del templo, se han arreglado ventiladores para el verano, adquirido nuevas estatuas y hecho arreglos de luz indirecta ahora tan en boga. La Parroquia continúa arreglando una capilla en el subterráneo o "besement" del edificio y se acumula lo necesario para un fondo de construcciones

que subía el 31 de Diciembre de 1930 a 186 mil dólares.

No hago comentarios. Compare cualquiera esa actividad parroquial con la de la mejor parroquia nuestra. Reduzca como quiera a las proporciones debidas, tome en cuenta la pobreza de nuestro país. Siempre saldremos en notoria inferioridad.

Se me perdonará que haya insistido con tanto énfasis en este punto de la contribución pecuniaria. El concepto de la Parroquia como extensión de la familia incluye esta obligación que no puede ser pesada para nadie, porque nunca es cuantiosa ni tiene un carácter exigible, sino voluntario y es en cierto modo de afección como la ayuda que cada uno presta a sus deudos.

Obediencia y consideración

Bastaría su carácter de jefe espiritual y delegado del Obispo para que los feligreses practicasen con rigor la obediencia al párroco. Sus indicaciones, sus enseñanzas, sus aspiraciones, sus súplicas, deben ser atendidas por los católicos con particular diligencia. Y así mismo debemos al párroco consideración social de suerte que ocupe en los hogares de sus feligreses un sitio de honor y quede ligado a la familia por el afecto y por mutuos servicios. Este respeto al Cura forma en otros países, y quiero citar especialmente la protestante Inglaterra, una tradición muy fuerte, invariable, a la cual no se sustraen ni aún los que poco practican la religión. Católicos o protestantes están siempre unidos por amistad personal con su Cura. Es sabido que los vicarios o párrocos de la Iglesia anglicana, siguen teniendo una gran influencia de todo orden, y son los huéspedes obligados de toda ceremonia, de toda fiesta social, de toda reunión de mediana importancia. Un rastro de este respeto al Cura de la Parroquia, hallamos aquí mismo en Santiago y en un hogar británico: cuando el Príncipe de Gales visitó Santiago a comienzos del presente año, el Embajador de su Majestad Británica invitó al Cura de la Parroquia en que está la Embajada, a la primera recep-

ción familiar en que debían ser presentadas a Su Alteza a unas pocas personas distinguidas. Era el reflejo de la consideración que todo hogar británico tiene por el Cura.

El Templo Parroquial

Fluye, lógicamente, de todo lo que he dicho, la conveniencia de que cada persona y cada familia se considere obligada a preferir para sus deberes religiosos el templo-parroquial, aunque sea menos bello y suntuoso que otros. Por desgracia, en Santiago hay gentes que frecuentan la Iglesia y que apenas conocen la de su parroquia. Aunque la costumbre ha disminuido mucho todavía hay en esta ciudad templos de moda, templos de devoción. Y algunas parroquias están abandonadas, o poco menos. Es un error grave. Cualquiera que sea el mérito de esas devociones, el brillo de ciertos oradores, la suntuosidad de los cultos en tales o cuales templos, la sabiduría de los sacerdotes que administran los sacramentos en tales otros, cada católico debe reconocer en su Parroquia su hogar espiritual primario, tal como reconoce el soldado su compañía. La Iglesia tiene que vivir de una organización que no en vano ha sido comparada a la de un ejército, y la unidad de esta milicia es la Parroquia.

Sólo así podrá el Cura hacer labor eficaz, conocer a los feligreses, servirlos cuando llega el caso, recurrir con confianza a ellos cuando el interés colectivo o el servicio de Dios lo requiera. Sólo así puede el cura adquirir la confianza que lo autoriza para hablar con libertad y educar a los fieles en tantas materias de la vida diaria, en que todos necesitamos enseñanza constante.

La misa parroquial con una liturgia bien cuidada, con la lectura y explicación del Evangelio, es la misa perfecta, es la que debería oír todo católico. Al fin y al cabo es este para la mayoría la única manifestación de fe que hacen en la semana, el único acto por el cual se profesan miembros de la Iglesia Católica. Ya sé que para mu-

chos no es así; pero de cierto no me equivoco ni exagero al decir que la mayoría sólo recuerda su carácter de miembro de una asociación que se llama Iglesia Católica, cuando llega el domingo y la obligación de oír misa.

Supuesta la Parroquia bien organizada con sus instituciones o sociedades de piedad y caridad, el Cura puede iniciar esta tarea interminable de instruir a los fieles, que forman lo que en países sajones se llama "la congregación", es decir, un cuerpo permanente, un núcleo más o menos fijo, no sólo en la doctrina, sino, además, en ciertas formas correctas para cumplir los deberes religiosos. Sólo un Cura, es decir, una especie de padre de un grupo católico, que conoce a sus feligreses y es conocido de ellos, podrá emprender la obra tan necesaria en Chile de enseñarnos a oír misa. Y menciono esto, sólo como un ejemplo.

Fué también a mi regreso a Chile después de varios años de ausencia, cuando me di cuenta de que la misa en nuestro país, es, de parte de los fieles, un oficio muy diverso del que he conocido en otros. Todos hemos observado que en nuestros templos entra gente a oír una misa antes de que esta comience y durante todo su desarrollo, hasta el momento en que el sacerdote, volviéndose a los fieles, les dice que se acabó la misa y pueden retirarse. Y es el templo el único sitio que va quedando donde no se observa la regla de buena crianza de no perturbar a los que han seguido el oficio desde el comienzo y lo toman seriamente. En los teatros se ha conseguido que la gente atrasada entre en puntillas, con cierta vergüenza, cuidando de no estorbar. En los templos entra gente durante todo el curso de la misa, de ordinario taconeando fuerte sobre las maderas o losas del piso, se abren hueco en un banco, hacen sobre su rostro unos garabatos que ingenuamente llaman persignarse, mascullan algunas oraciones, reciben la bendición y se van convencidas de haber contribuido notablemente al prestigio de la

Iglesia y al progreso del cristianismo. Igualmente sería necesario que, cuando los curas enseñen a las gentes a oír misa, les indiquen en qué momentos se deben arrodillar, cuándo pueden sentarse y en qué pasajes es de rigor estar de pie. Siempre hay en la misa un cierto número de fieles a quienes la campanilla que suena cuando el sacerdote alza la hostia para mostrarla a la adoración de los presentes, los coge de sorpresa, como si fuera la primera vez que ven y oyen tal cosa, y entonces caen de rodillas precipitadamente, para levantarse de nuevo con el aire de haber hecho enorme sacrificio.

Advertimos, en descargo de nuestra responsabilidad que esa manera desgredada de oír misa, rezando el rosario, mirando distraídamente, sin libro de oraciones, en suma, sin seguir el sacrificio, que es, sin duda, la más emocionante y maravillosa de las representaciones, puesto que lo es de la Pasión de Cristo, la hemos heredado de España. El mismo espectáculo se repite en las iglesias de todos los países hispano-americanos. Hay una especie de excesiva confianza que corre riesgo de caer en descuido y grosería.

De nuevo pido que se me perdonen estas observaciones, acaso demasiado superficiales para una sociedad de estudios como la que me escucha; pero pienso que de estos detalles se forma la disciplina externa e interna de la Iglesia, sin la cual no podemos realizar los fines para que ella fué creada. Y es el Cura de la Parroquia el sacerdote que con autoridad más fácil, más liviana, más íntima, más de familia puede emprender esta obra educadora de exterioridades que son ayuda de la espiritualidad y parte del homenaje que debemos a Dios en su templo, fuera de ser formas de decoro y buena crianza.

Una Parroquia modelo

El espíritu parroquial bien entendido permite que el Párroco ejerza su acción plena, sin necesidad de que se espere de él

una alta oratoria, ciencia y talento. Reconocidos por los fieles su virtud, su celo y su voluntad de servir, lo que diga tendrá siempre la fuerza de la autoridad pastoral, y casi parteral que ejerce, su acción será más eficaz que la de un sacerdote extraño a la Parroquia porque él conoce a sus feligreses y sus feligreses lo conocen a él, y hasta habrá aprendido a adaptar la enseñanza diaria a la mentalidad peculiar de los que lo escuchan y debemos suponer siempre los mismos en la Parroquia bien organizada.

Tenemos en la vida moderna un ejemplo de la Parroquia modelo. Que su cura haya sido un santo canonizado ha pocos años, no hace sino confirmar en su carácter de modelo para todas las del mundo católico. Estoy cierto, de que cuantos me escuchan habrán pensado ya en la Parroquia de Ars en Francia, y en su célebre cura Juan Bautista María Vianney. Es una aldea que no tenía entonces más de 350 habitantes. Cuando fué obligado por su Obispo a aceptar el cargo Vianney se consideraba indigno de tanta responsabilidad, y sólo bajo la obediencia que debía a su Prelado se logró que recibiera esta cura de almas. Al cabo de algunos años, Ars era no sólo una parroquia perfecta, con sus obras de piedad y caridad, donde toda la población obedecía la inspiración del Párroco, sino que además de había convertido en un foco de vida espiritual, en una fuente maravillosa de piedad, de moral, de bien religioso y social, a la cual acudían gentes de todo el país.

¿A qué medios había recurrido el santo cura de Ars para obtener estos resultados asombrosos y del todo inexplicables dentro de un criterio puramente humano? ¿Cómo había logrado eso un hombre que no era ni orador elocuente, ni sabio intérprete de las Escrituras, ni poseía recurso alguno de los que en la vida corriente y en los negocios temporales dan poder de sugestión e influencia sobre los demás?

Fué el primero de sus medios la devoción al Santísimo Sacramento. Establecida

en la Parroquia la adoración perpetua, se esforzaba por inducir a los fieles a la comunión frecuente. Después, les enseñó la oración en común, llamándolos a ella con la campana parroquial. Fundó cofradías de las cuales estimaba sobre todas eficaz la del Rosario. Con sacrificio personal y estimulando la generosidad de los feligreses, embelleció el Templo, dió su valor a la hermosa liturgia de la Iglesia y procuró dotar su sacristía de buenos ornamentos y vasos sagrados. Sintiendo falta de humana elocuencia, vencía su modestia y predicaba mucho, rogando a Dios que lo inspirara, y su palabra tenía una eficacia portentosa. Un biógrafo se pregunta: "¿Cómo este hombre, que estuvo a punto de no ser admitido en el Seminario por su ignorancia, que desde su entrada en el sacerdocio se ve absorbido por la oración y el confesionario, llega, a encontrar los mismos pensamientos y a veces hasta las mismas expresiones de los más bellos genios cristianos?". Tiene siempre el cura de Ars una inmensa compasión de los pecadores y amorosamente lleva a los peores desde el pie del púlpito al confesionario. No hay en la Parroquia un pobre, un desgraciado, alguien que necesite auxilio moral o material por quien el Cura no extreme sus esfuerzos para socorrerlo, ayudarlo, salvarlo de una crisis material o moral, ponerlo en la senda recta y clara. Y consagra a los niños una inmensa ternura abriendo para ellos, para los más necesitados, una de sus obras más hermosas, su casa de la Providencia.

Ya lo sabemos: el cura de Ars era santo y no podemos esperar de todos los hombres que acepten la inspiración divina, como los fieles habitantes de Ars. Pero el ideal de la Parroquia moderna está creado allí y no hay pueblo alguno del mundo, rincón de gran ciudad, o desolado y pobre curato de campo, donde no sea posible seguir su huella.

En Chile y en estos mismos momentos hay un fuerte movimiento de reacción religiosa. Los católicos comienzan a formar

núcleos vigorosos en todos los órdenes de la actividad religiosa y social. Tenemos curas celosos, ilustrados, dispuestos al sacrificio, deseosos de hallar cooperación y obediencia de parte de los fieles que les están confiados. Cada uno de vosotros piensa en este momento en alguno de los curas de Santiago que conoce personalmente y cuya acción ha podido seguir de cerca. Es de todo punto evidente que, si

los seglares de ambos sexos nos proponemos conocer el verdadero espíritu parroquial y llenarnos de él y hacerlo práctico bajo la Dirección del cura, la Iglesia chilena adquirirá un nuevo vigor.

Hagamos vivir una vida amplia, generosa, activa y ardiente de piedad y caridad a este núcleo primario de la Iglesia que es la Parroquia, y lo demás se nos dará por añadidura.



Ya hace tiempo ha probado la Iglesia Católica que no es una invención de sus tiempos. Ella es la obra de su Creador, y a su edad todavía tan llena de vida como en su primera juventud.

En lo más profundo de sus almas, sus enemigos ya han perdido la esperanza de verla morir jamás.

J. K. Chesterton.

Del Hinduísmo a Cristo

Corría el año 1926. Vivía yo durante varios meses al lado de mi co-hermano indio, pero este aún no me había contado nada de su vida. Un día le pedí me dijera cómo entró a la Compañía de Jesús. Lo que me dijo lo apunté con mucha exactitud y más tarde, revisó él mis apuntes, para que no se haya introducido ninguna apreciación errónea. De este modo estoy ahora en la situación de ofrecer a los lectores el relato de su conversión, que él me había contado con encantadora sencillez. Dejaré hablarle a él mismo. Penetremos así dentro de su alma y veremos como la gracia y el amor de Dios obró tan maravillosamente en él.

EL PAGANO

Mis Padres — así empezó el P. Mary su relato — eran brahmanes; veneraban como a su Dios principal a Siva. Hasta los 19 años su religión era también la mía. Después de haber cursado la escuela elemental de mi pueblo, mis padres me enviaron a Trichinopoli a un Colegio de Jesuitas. Durante los primeros cuatro años visité el colegio, junto con un pariente, en calidad de externo.

Durante este tiempo estaba yo plenamente convencido que mi religión era buena, tal vez la mejor de todas. Yo había oído decir a muchos de sus adeptos, entre ellos varones sabios, que Dios había dado a los hombres varias religiones en las que podían llegar a ser bienaventurados, siempre que cumplieran sus prescripciones. Por esto me empeñé en observar estrictamente los mandamientos de mi religión. Muchas veces acompañé a mis padres al templo. Allí me coloqué delante de la imagen de Siva y pedí de él la gracia de poder vivir puro y de llegar a ser un sabio. Conservo muy vivo el recuerdo en mi memoria de haber pedido muchas veces la gracia de la pureza. De donde me venía esta idea

lo comprenderán los lectores fácilmente durante el curso de este relato.

Mientras yo permanecía en Trichinopoli, oí decir mucho de movimientos religiosos, especialmente sobre Vivekananda, uno de los jefes del Hinduismo y su profesor Ramakrishna. Yo visité las conferencias de los Brahmanes, que manifestaron los más diversos pareceres sobre la religión. Una vez dictó también una señorita europea una conferencia sobre el hinduismo. Pretendía probar que todas las religiones sean igualmente buenas y verdaderas. La causa, de haber ella escogido justamente el Hinduismo, lo explicó con la profundidad de su filosofía. En aquel entonces me complacía la alabanza de una europea a nuestro paganismo, aunque hoy me agradaría saber lo que ella habrá comprendido de aquella profundidad.

A fin de poder defender mis creencias en buena forma, me puse a estudiar con ahinco las cuestiones religiosas y mis propias convicciones. Para ello me prestaron los muchos libros sivaistas que teníamos en casa un excelente servicio. Tenían por autores a Sivaistas que durante un tiempo habían vivido en el mundo, pero que más tarde se habían retirado a la soledad a fin de llevar en las selvas una vida austera. Entonces yo no sabía aún que todos estos hombres se habían retirado del mundo debido a una desgracia o una desilusión.

Aquellos libros aconsejaron a renunciar a todo, ya que la vida pasa como la espuma del mar y la juventud y la hermosura huyen con la rapidez del rayo. Esto me impresionó de tal modo que estaba por abandonarlo todo y hacerme un sanyassi (hombre enteramente dedicado al servicio de Siva). De mis estudios religiosos no saqué tan solo nuevos conceptos de la vida, sino encontré también pasajes donde los autores afirmaron que la religión sivaista era la única verdadera y como tal revelada por Siva.

El espíritu de castas era desechado como obra humana, pues todo hombre, aunque fuera el último paria, podría llegar a ser un amigo de Siva. Creía los ascetas hombres por Dios iluminados y por esto acepté lo que decían con mucha reverencia y sin dudar de ello. Así llegué a convencerme firmemente que todas las religiones, fuera del Sivaismo, eran falsas e ilusorias.

Mis padres se preocupaban mucho de mí. Temiendo que el roce con la vida liviana mandaron después del cuarto año como inna de la ciudad podría hacerme daño, me terno al colegio de los Jeusitas. Aquí me encontré, fuera de los católicos, entre Hindúes budhistas y protestantes. Antes de separarme de los míos, estos me amonestaron a evitar lo más posible las relaciones con los jesuitas y de no hablar con ellos nunca sobre cuestiones religiosas, ya que ellos serían sumamente astutos y muy diestros en ganarse a jóvenes talentosos para su religión. Mis padres me prohibieron también, terminantemente leer libros católicos. Yo me debería entregar con todo el alma a los estudios, para poder llegar a ser un día un hombre famoso. Esta advertencia de mis queridos padres me la llevé conmigo con un firme propósito y como una sagrada promesa.

Llegué al colegio. Un joven jesuita me saludó con mucho afecto y me mostró mi lugar en la sala de estudios y en el dormitorio. Con mis dieciocho años, todo me orden, me sometí fácilmente a la vida coencantaba. Acostumbrado de mi casa al mún. Habían horas para el estudio y para el juego, ambas cosas me gustaban, y así pasaban los días alegres y contentos.

Lo que mucho me sorprendió, fué la dedicación de los Padres Jesuitas al perfeccionamiento religioso y moral de los jóvenes cristianos. Por la mañana y por la tarde se rezaba. Rosario, Santa Misa, lectura espiritual, eran ejercicios obligatorios de todos los días. Los días domingo el P. Prefecto General reunió a los alumnos paganos y en breves palabras nos dijo que estaríamos no tan solo en el Colegio para

llegar a ser más tarde sabios, sino también para formarnos como hombres temerosos de Dios y perfectos. Nos amonestó a someternos al Gobierno legítimo, de observar con fidelidad los reglamentos del Instituto y esto no por miedo al castigo, sino conscientes del ideal que teníamos delante de nuestro espíritu al ingresar al Colegio.

Me sentía lo más bien. Sólo una cosa me hacía sufrir. Los reglamentos prohibían el ejercicio de nuestras costumbres paganas. Todo mi deseo era de poder polvorear mi frente con ceniza todas las mañanas como me lo habían enseñado mis buenos padres. Pero me vencí y quedé obediente, ya que también sin esta ceremonia uno puede ser un buen hindú. Mientras por la mañana y por la tarde los católicos estaban rezando, los paganos asistíamos respetuosamente; entonces acostumbraba yo levantar mi corazón silenciosamente a Siva; muchos de mis compañeros hicieron lo mismo.

Yo vivía ya dos meses en el Colegio. Al ver a un jesuita especialmente a mi buen prefecto, dí una gran vuelta para evitar el encontrarlo. Pero un día él me llamó y me preguntó lo que me parecía la religión católica. Una confusión mayor que la mía en este instante no se puede imaginar. Al fin le dije: "No tengo nada en contra de vuestra religión, pero la mía me parece la mejor". El buen religioso no había seguramente esperado esta contestación, pero yo le había expresado con toda franqueza mi opinión. "Bien, bien", me dijo cariñosamente y me dejó seguir mi camino. Su cariño hacia mí no había sufrido ninguna merma, lo que mucho me llamó la atención, pues ya sentía que mi contestación le hizo sufrir.

Al terminar el semestre me fuí a la casa de mi tío, donde vivían mi padre, mis dos hermanos y mi hermana desde la muerte de mi querida madre. ¡Oh, mi madre! Cuán buena era! Me enseñó a rezar al dios Siva, para que yo llegase a ser virtuoso. Ella era piadosa. Por esto estoy conven-

cido que Dios la haya acogido misericordiosamente, aunque murió pagana.

ENTRE DUDAS

Durante las vacaciones proseguí con mi lectura de libros hindúes. Inesperadamente cayó en mis manos un libro que resultó para mí un amargo desengaño. En él probó un asceta hindú que la doctrina de la transmigración de las almas, según la cual el hombre vuelve a existir en este mundo ya como león, ya como hiena, ya como serpiente u otro animal, sea una invención meramente humana, pero no una verdad por Siva revelada. Por este motivo nadie estaría obligado creerla.

Otro asceta conmovió las bases de mis creencias, demostrando que todos nuestros sagrados: Purana, Sastra, Veda, etc., eran fruto de la fantasía, pero en ningún caso inspirados por Siva. Por esto mismo no podían servir para indicarnos el camino a Dios. El autor en cuestión termina así sus consideraciones: "¿Cuándo, oh Dios mío, encontraré el camino verdadero y seguro hacia ti?". ¿Cuándo estaré feliz en ti? He aquí: el libro Sastra lo quemé y el Libro Veda lo boté".

Me sentía completamente quebrantado. Estos autores no me presentaron tan solo cuestiones, cuya solución intenté en vano, sino destruyeron también mi fe. Como podía yo observar una religión, considerada como divina por el pueblo, pero deseada por los ascetas? Quién reprueba el libro Veda, no puede creer lo que enseña, pero esto justamente era mi religión. ¡Momentos llenos de desengaños y de desesperación! Al Dios Siva no podía olvidar, pero ya no podía creer en él. Por esto resolví seguir durante el nuevo año escolar con mis estudios de los libros sivaístas a fin de establecer cuanta verdad contuvieran.

Nunca dije nada a nadie de mis luchas interiores, mucho menos a un jesuita, por temor que ellos me podrían ganar para el cristianismo.

En lo demás eran los jesuitas para mí el mayor de los problemas. Cuantas veces no

oí decir que ellos habían renunciado a los gozos del mundo para vivir tan solo para Dios. Yo no podía comprender como un hombre puede renunciar al mundo, sin retirarse a los bosques y al desierto. Por esto los compadecía por el engaño en que vivían para consigo mismos. Yo pensaba que ellos, al volver por segunda vez al mundo, recién irían a comprender lo que significaría este renunciamento. Fuera de esto no me animaba sino admiración para con ellos. Su alegría en el sacrificio y la santidad de su vida me impresionaron mucho. Pero, a causa de mis prejuicios no me sentía atraído por su manera de vivir; no me parecían lo bastante austeros.

Así empezó el segundo semestre en el Colegio. Yo recibí el oficio de procurar la ventilación y el alumbrado y de cerrar las salas de estudios y de entregar las llaves al prefecto una vez que todos los alumnos se hubieran recogido.

Una piadosa costumbre establecía que uno de los católicos encendiese las velas delante de la imagen de la Sma. Virgen para las oraciones de la mañana y de la noche. Mi prefecto me preguntó si yo me quería encargar de este oficio. Le dije que nada tendría que objetar y que lo haría con mucho gusto.

Entonces no sospechaba que el prefecto oraba por mi conversión y que me dió este empleo, a fin de acercarme a la Madre de Dios, para que ella obtenga para mí la gracia de la fe. Yo, mientras tanto, prendía las velas por la mañana y por la tarde.

Algún tiempo más tarde me vino una idea notable. Yo vi que los alumnos cristianos se acercaron antes de acostarse a la estatua, besando con reverencia sus pies. ¿No podría hacer yo lo mismo, rogando por mi progreso en los estudios? Naturalmente procuré de arreglármelo de tal modo que nadie me viera. De ahora en adelante, una vez que todos los estudiantes se habían recogido, apagué las lámparas y las velas y en seguida me acerqué a la estatua para besar sus pies. La primera vez experimenté una grande aversión, pero me vencí, to-

qué y besé cordialmente los pies de María. Lo hice en adelante todas las noches, hasta fines de Mayo. Nadie lo supo jamás. Desgraciadamente no sabía a quien rendí este homenaje, y sin embargo con cuánta generosidad me lo retribuyó la bondadosa Madre de Dios!

¡Otra vez vacaciones! Me fui a mi casa. Mi padre vivía a las orillas del mar a cinco kilómetros del colegio. De cuando en cuando me visitaba mi prefecto. Mi padre y mi tío empezaban por sospechar y me preguntaron por qué venía a verme el prefecto. Yo contesté que él entraba solamente cuando pasaba casualmente cerca de la casa. Y así era efectivamente. Pero ambos me dijeron que el prefecto con esto me quería ganar para su religión. Yo intenté convencerlos que esto nunca lo conseguiría.

Durante las vacaciones revivían en mí las impresiones de la vida del colegio. Por mi mente pasó el recuerdo de la vida virtuosa de los jóvenes católicos y especialmente la de los jesuitas con su alegría en el sacrificio. Comparaba todo esto con el hinduismo y se me fué todo el orgullo que había cifrado en mi religión, pues ella no hace nada en pro de la educación religiosa y moral de los niños y jóvenes, para no hablar de las mujeres, enteramente olvidadas en este sentido. Esto es también el motivo por qué las mejores familias hindúes mandan sus niños a las escuelas católicas. En el hinduismo no existe ninguna autoridad; allá no pregunta nadie si una persona vive honradamente o no. Allá no hay mandamientos; lo mismo da si uno visita el templo una sola vez en su vida o nunca. Marcando su frente con cenizas, basta para ser tenido como fervoroso sivaísta. Hasta los mismos sacerdotes no son muchas veces sino la perversidad en persona. Hay, sin embargo, también paganos buenos que tratan de observar la ley natural. Pero esto son excepciones; yo hablo de lo que es lo corriente.

En mi alma nació una intranquilidad creciente. Cuanto más me torturaban las du-

das, tanto más me entregué a la lectura de los libros sagrados hindúes, buscando desesperadamente la verdad. Pero estos libros socavaron los cimientos de mi fe. Siempre y siempre repetían el mismo pensamiento: se debe vivir puro física como moralmente, para poderse unir con el Dios Siva después de la muerte. Yo objetaba que la verdadera religión debe disponer también de los medios para guiarnos y ayudarnos a conseguir este ideal. Pero en vano busqué en el hinduismo los medios necesarios para ello. Y cuanto más busqué, tanto más perdí las esperanzas de encontrarlos. Sollozando me pregunté a mi mismo: ¿puede ser verdadera una religión de esta especie?

Sobre las ruinas de mi fe sivaísta descendían las tinieblas más densas. Del derrumbe completo me salvaba tan solo la sentencia de un asceta hindú: "Para contemplar a Dios hay que llevar una vida virginal". El ideal de la virginidad me cautivaba, me infundía alegría y valor. Pero por el otro lado me atormentaba el pensamiento que ningún asceta hindú podía servir de modelo de esta pureza, que tanta atracción tenía para mí. Todos calificaban este ideal de posible, pero ninguno dió el ejemplo práctico.

En mis manos cayeron entonces las biografías de dos ascetas, de los cuales se decía que llevaban una vida virginal inmaculada y que iban de pueblo en pueblo, cantando las alabanzas de Siva. ¡Con cuánto fervor me lancé sobre este libro, lleno de hambre y sed de la verdad! ¡Pero ay, muy pronto debía convencerme que todo no eran sino leyendas increíbles. Mi dolor era ahora tan grande como antes mi esperanza! ¡Otro desengaño!

RAYOS DE LUZ

Lleno de amargura entré al nuevo año escolar. De lectura espiritual, durante la cual nosotros, los paganos, debíamos estar tranquilamente parados o sentados, servía la "Vida de San Luis de Gonzaga" del P. Meschler S. J. Para oír nada de esto, me

tapé los oídos, pues estaba resuelto de cumplir con exactitud el deseo de mis padres. De cuando en cuando cedí a la curiosidad únicamente para darme cuenta de que se trataba. Lo que me entraba por un oído, salió por el otro, de modo que no dejaba ninguna impresión en mi mente.

Una tarde volvimos a la sala de estudios después de una partida de football, para preparar las tareas para el día siguiente. Me sentía cansado. El juego me ocupaba todavía enteramente. No podía resolverme de sacar mi texto de enseñanza, ni tampoco se hallaba a mi alcance ningún libro en cuya lectura me podría distraer, y el prefecto nos vigilaba a todos desde su cátedra. Delante de mí estaba un compañero ocupado en preparar la lectura espiritual para la mañana siguiente. Le toqué con el pié, él se volvió sin que el prefecto lo notara y yo le dije al oído: "Préstame el libro, para ver las estampas". Me lo pasó por debajo de la mesa. Era la primera vez que tomaba un libro católico en mis manos. Lo abrí y ví la imagen de San Luis a la edad de 14 años. Debajo de la imagen estaba la leyenda: San Luis en la Corte. Me parecía un joven muy inteligente. Otra imagen representaba su primera comunión. Seguí hojeando para no verlo y bajo un tercer cuadro leí: San Luis, religioso. Ahora empecé de nuevo, mirando un grabado tras el otro: cada uno me contaba una historia maravillosa.

Después de haberlo mirado todo, cerré el libro. Entonces me sobrevino un gran consuelo y de mi alma surgió el pensamiento: ¡verdaderamente, este es un santo! Me parecía haber oído una voz interior que me dijo: "Tú estás buscando el ejemplo de un hombre que llevó una vida virginal. ¡Hélo aquí!".

Inconscientemente abrí de nuevo el libro y miré la imagen del santo. Lo admiré, me parecía un ser sobrenatural. Busqué el índice y mis miradas se fijaron en estos capítulos: "Pureza angelical de San Luis" "Sus grandes obras de penitencia". Rápidamente busqué estos capítulos y los leí.

Todos nuestros ascetas hindúes con sus penitencias y con toda su santidad me parecían muy por debajo de este santo adolescente. Me aparecía en una dignidad tan indescriptible que yo no podía comprender. Un sentimiento de felicidad embargaba mi alma, ya que había encontrado mi ideal, que en balde había buscado en la religión de mis padres, aunque por el momento no lo comprendía bien todavía.

Mi conciencia me dijo que la religión que es capaz de educar seres tan sublimes y divinos, debe ser ella misma divina, y que esta misma religión me enseñaría escalar también las mismas alturas. Hice el firme propósito no mirar ni hacia la derecha, ni hacia la izquierda, no tomar consideraciones ni con mis padres, ni con mis parientes, sólo para alcanzar mi felicidad, mi ideal de la pureza virginal.

Las horas fijadas para el estudio pasaron volando, llenas de inefable felicidad. La campana tocaba para la comida. Devolví el libro a mi compañero. Nos dirigimos al comedor. Yo mientras tanto no pensaba en otra cosa que en aquel santo joven, que había cautivado todo mi ser. Se me figuraba que yo estaba despertando después de un sueño horripilante en un hermosísimo paraíso. Después de la comida jugaron mis compañeros alegremente; nunca había dejado de participar pero en aquella tarde no podía tomar parte, mi alma rebo-saba. Nos acostamos, pero yo no podía conciliar el sueño de tanta emoción. Ni de día, ni de noche, ni durante el estudio ni en el recreo me abandonaba la imagen de S. Luis. Un pensamiento dominaba en mi alma: la fe en que se educó este santo debe ser la verdadera y en el hinduismo no hay salvación para mí.

La vida de San Luis de Gonzaga la leí capítulo por capítulo, naturalmente en secreto. Así supe como en su primera juventud conservaba heroicamente el tesoro de su virginidad entre los mayores peligros de la corte. Admiraba en él como, por puro amor de Dios, renunciaba a su corona, abrazando en cambio una vida llena de hu-

millaciones, de trabajos y de mortificaciones. Leí de su gran amor a la Santísima Virgen, de la cual hasta entonces nada había oído decir. San Luis fué el primero que me enseñó a amarla, y como él la consideraba también yo como madre mía.

CAMINO HACIA LA FE

Habían pasado dos meses. A nadie había yo participado mi secreto, ni siquiera a mi prefecto, a quien quería tanto. Siempre me acordaba de aquella primera entrevista en su pieza, y no podía resolverme a hablarle de lo que pasaba en mi alma. Finalmente no podía más; me fui donde él, a fin de abrirle mi corazón. Le conté detalladamente mis emociones durante los dos últimos meses y le dije como deseaba que me enseñara a conocer la Iglesia Católica. ¡Qué sorpresa tan grande se llevó mi buen prefecto! Aunque él había esperado este desenlace y había rezado mucho en esta intención, no pensaba nunca que esto iría tan rápido. Ante todo me recomendó de pedir luces del cielo por la intención de la Santísima Virgen y guardar el secreto ante mis compañeros de clase. Me dió el libro: "La fe de nuestros padres" y me recomendó la lectura de los Santos Evangelios.

Con el mismo fervor con que antes estudiaba los libros paganos, me dediqué ahora al estudio de los Evangelios. Investigué si efectivamente contenían la verdad y si yo podría creer en ellos. Pronto se disiparon todas mis dudas y luego leí con gran atención los cuatro relatos. Jesucristo me apareció en ellos cada vez más como un ser sobrenatural, divino.

Luis de Gonzaga, un santo tan grande, se reconoce un gran pecador: todos nuestros ascetas paganos usan de sí el mismo lenguaje. Jesús, en cambio, dice: ¿Quién de vosotros me acusará de un pecado?

Todos los ascetas paganos buscan salud y verdad fuera de ellos mismos en las tinieblas, en cualquiera parte. Pero Jesús dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida. El promete la vida eterna, que sólo Dios puede dar.

Nuestros ascetas paganos recomiendan esto y aquello, pero abandonan a los hombres en medio del camino. Jesús manda, conduce a los hombres como su legislador, como cumplidor de la ley natural.

¡Esto sí, es poder divino!

Sobre todo me impresionaba aquel pasaje: "En verdad, en verdad os digo: antes que Abrahám existía, soy yo". Así puede hablar sólo Dios, el Eterno.—Al preguntarle el sumo sacerdote: "¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Dios vivo?". El contesta con toda claridad: "Tú lo has dicho, yo lo soy". En efecto, Cristo es mi Dios y la fe católica es la mía.

Empecé a oír las conferencias sobre la historia de los primeros siglos del cristianismo. Allí encontré nuevas pruebas a favor de la verdad del credo cristiano. Los emperadores y reyes paganos, los judíos y muchos otros pueblos se propusieron la destrucción de la fe, que enseñaba un pobre Galileo, hijo de un carpintero, que terminó su vida con una muerte afrentosa sobre la cruz y que había confiado la propagación de su doctrina a doce ignorantes pescadores. Y esta fe, que de por sí no hubiera podido sobrevivir se sometió victoriosamente todo el orbe. No con el filo de la espada, sino por medio del padecer. Miles y miles sufrieron gozosos la muerte por esta fe; hombres, mujeres, niños, miembros de familias reales, esclavos, sabios e ignorantes sacrificaron su vida con el grito en los labios: ¡Cristo es Dios!

¡En verdad, esto no es obra humana!

Cristo reinaba ya en mi corazón. Mi deseo era ahora únicamente ser bautizado y llegar al sacerdocio. Me fui donde el P. Rector y le dije sin titubear que quería recibir el bautismo y, si posible, hacerme sacerdote católico. Sonrió, todo sorprendido, y, mirándome bondadosamente me preguntó: "¿Cómo, tú, un hindú, quieres ser sacerdote católico?"

—“Sí, padre, le contesté, quiero ser cristiano y en seguida sacerdote”.

—“Me alegro mucho conocer estas tus intenciones, me respondió, pero persevera-

rás también en tus propósitos? Muchas son las dificultades que tendrás que vencer, y verdaderamente no pequeñas. Ante todo, necesitas el consentimiento de tu padre o tendrás que esperar hasta que estés mayor de edad. De otro modo apenas es posible bautizarte”.

Abandoné la pieza del rector triste y cabizbajo. Conseguir el consentimiento de mi padre era imposible. Como aún no estaba mayor de edad, era preciso esperar todavía un año y varios meses. Esto era tremendo.

El prefecto era mi buen ángel en las tinieblas de mis dificultades. Me consolaba, me exhortaba de orar mucho, tal vez que el P. Rector cambiaría de parecer, admitiéndome antes al bautismo. Me regaló un rosario que yo desde entonces rezaba todas las noches en la cama, ya que nadie debía sospechar mis intenciones. Con el mayor empeño me puse a estudiar el Catecismo, a fin de prepararme bien al Santo Bautismo. A las vacaciones llevé conmigo fuera del Catecismo, también la vida de San Luis.

LA LUCHA POR EL IDEAL

En el nuevo año escolar ingresó también mi hermano al Colegio. Naturalmente debía yo extremar ahora mis precauciones. Nunca debía darse cuenta de mis conversaciones con el prefecto sobre el catolicismo, pues inmediatamente habría dado parte a mi casa.

Cuanto más yo deseaba ser bautizado, tanto más se resistía el P. Rector para admitirme sin el consentimiento paterno. Desde mi primera petición habían pasado seis meses; mis ansias crecieron de mes en mes. Por esto me aconsejó el prefecto de escribir a mi padre y a mi tío, pidiendo su autorización para mi conversión. De balde traté convencerlo que todo sería inútil y que tal paso sólo redundaría en mayores dificultades para mí. Finalmente me hizo esta proposición: En pocos días más se llevará a efecto un gran torneo. Tú, siendo el mejor de los jugadores, seguramente ob-

tendrás el primer premio, la preciosa copa. Si tu padre se enoja a causa de tu carta, tu éxito le volverá a tranquilizar”.

El Prefecto no conocía ni a mi padre ni a mi tío, que era el más fanático de los si-vaistas. Pero para cumplir con su deseo escribí, encomendando todo el asunto a la Virgen Santísima.

La carta llegó a la casa y ambos, padre y tío, se enojaron de tal modo que inmediatamente querían dirigirse al colegio para llevarme, pero la providencia quiso que en el camino se encontraran con mi tía que alcanzó a tranquilizarlos algo. Les aconsejó que me dejaran por esta vez en el colegio, pero que me prohibiesen estrictamente volver a pensar en el cristianismo.

En el torneo obtuve efectivamente varios premios, entre ellos la mencionada copa. Feliz y contento me fui a mi casa, sin sospechar la tormenta que mi carta había desencadenado. Me retaron y dijeron que era una estupidez de atreverme escribir sobre el particular. Hacerme cristiano significaba, según ellos, hacerme un paria y deshonrar perpetuamente la familia.

Desde entonces se duplicaron mis dificultades. Sin cesar los míos me dejaron sentir su desconfianza y no dejaron pasar ninguna ocasión sin reprocharme la famosa carta. Mi hermano recibió orden estricta de vigilarme y de fijarse si leía libros católicos, si hablaba con los jesuitas, etc. Cada vez que iba a la iglesia, tenía que adoptar toda clase de precauciones. Y justamente ahora, cuando más le necesitaba, volvió mi prefecto a Europa, para empezar sus estudios de Teología. Al despedirse me aconsejó de esperar con paciencia los meses que aún me faltaban para llegar a ser mayor de edad y de orar mucho.

Fué el día 13 de febrero cuando el P. Rector me mandó llamar para comunicarme que debía prepararme para el Santo Bautismo. El 1° de marzo me bautizó en su pieza. Mis ansias se habían cumplido. Después me ordenó de guardar el silencio más absoluto. Lleno de gratitud hacia la Virgen y San Luis, adopté en la ceremo-

nia Luis como nombre y María como apellido.

De este modo vivía yo durante dos años, católico en el corazón, sivaista en la apariencia. Mucho me lo costó, pero Dios me ayudó. Nadie sospechaba que yo me había hecho cristiano. Al tocar a las 6 de la mañana la campana, los alumnos católicos iban a misa, pero yo tenía que quedarme en sala de estudios con los paganos. Desde mi banca mandé a Jesús, que era mi todo, mis saludos y mis oraciones, rogándole que me ayudara para que pronto podría seguirle libremente. A veces sufría tanto, que pensaba huir a un país lejano. De este paso, sin embargo, me detuvo el pensamiento de las consecuencias que podrían resultar para el P. Rector. Los días Domingo me fuí a la iglesia con aquellos paganos que lo hicieron por curiosidad. De este modo pude oír la Santa Misa, de pie, cerca de la puerta.

Sólo raras veces y venciendo grandes obstáculos, pude recibir la Santa Comunión. El P. Rector quiso evitar a toda costa que me vieran comulgando, por esto me la dió muy de la mañana. A las 4 me levantaba para irme a su pieza, donde esperaba hasta que me trajeron la Santa Hostia; en seguida volví a mi cama. Aquellos eran para mí momentos de celestial felicidad.

Una vez casi me descubrieron. Querían darme la Comunión en la capilla privada, donde decía la Santa Misa un sacerdote que debía partir temprano, a las 3 de la madrugada. Calladito me fuí a la capilla para prepararme... El Padre Rector se acercaba al altar, yo le seguía, cuando de repente vino un condiscípulo (que debía ayudar la Santa Misa). Apenas tuve tiempo para esconderme detrás de una columna. Todo pasó bien; el otro no me había visto. Pronto corrí hacia el altar y recibí la forma sagrada en seguida me fuí a toda prisa al dormitorio y me metí a la cama. Desde entonces el P. Rector tomaba mayores precauciones. Como no quedaba otro medio, inició a otro Padre en el secre-

to, que debía vigilar siempre delante de la puerta para que nadie me sorprendiera.

Durante las próximas vacaciones debía sufrir mucho. Nunca podía asistir a misa los días Domingo y festivos. Tampoco podía llevar conmigo ningún rosario, por esto contaba yo los Ave María con los dedos. Cuando los míos se fueron al templo, tenía que acompañarlos, pero no entré, sino me quedé en el atrio, conversando con mis camaradas. El tío me quiso obligar de incinerar mi frente con cenizas sagradas, como es costumbre entre los sivaistas. Siempre yo me negaba. Un día, imprudentemente le dije que ya no creía en Siva por lo que se enfureció y me gritó: "¿Y en qué crees entonces? —"En el único Dios verdadero". Aun más furioso me preguntó: "¿Y quien es para ti el único Dios verdadero?" —"Aquel que me crió", fué mi contestación.

A mi padre no le gustaron las discusiones. Para tranquilizar al tío, le dijo: "Déjalo, tiene vergüenza de ponerse la ceniza. Si le diéramos una cruz para ponérsela en el pecho, seguramente no se avergonzaría. Tenemos un tipo bien curioso en medio de nosotros".

Mis parientes todos, en cuanto sabían de mi deseo de hacerme cristiano, se pusieron abiertamente en mi contra y en tono de burla me llamaron cristiano. Mis hermanos dijeron: "Mira, tío, él quiere ser un reverendo Padre. Esto no es broma. Los jesuitas le quieren mucho". El tío, en cambio, acostumbraba agregar: "Sí, sí, será un reverendo Padre para poder comer todos los días carne de vaca"; pero vamos a ver si la carne no se le quedará atajado en el cuello". Todos se reían entonces de mí, lo que poco me importaba.

También aquellas vacaciones pasaron y yo volví al colegio, mi paraíso en la tierra.

Ocho meses después de mi bautizo se presentó de repente mi padre en el colegio para llevarme a la casa, pues había oído decir que en aquel día yo debía ser bautizado. Le expliqué que se trataba de un

niño de 12 años que llevaba el mismo nombre que yo. Pero me llevó a la fuerza.

El tío me reprochaba que yo causaba a mi padre tanta pena y preocupación que ya no sabía qué hacer conmigo. Que ya no quedaría otro camino que mandarme a la escuela hindú para terminar allá mis estudios. Finalmente manifestó que estaba convencido que yo ya estaría bautizado. Le exigí entonces que probara su afirmación. Mi contestación la sorprendió y le confundió al mismo tiempo; dijo que no tenía prueba alguna, pero... "Si no tienes pruebas, tampoco tienes el derecho de acusarme delante de los demás". Esta mi protesta hizo su efecto: en la tarde del mismo día podía volver tranquilamente al colegio.

Al otro día, temprano, vino mi padre, corriendo, jadeante, al colegio; al verme exclamó: "Hijo mío, efectivamente estás todavía aquí?".—"¿Y dónde podría estar yo, sino aquí?", le pregunté todo sorprendido. Entonces me contó que le habían dicho que yo me había refugiado al Seminario Católico, y que él sólo había venido para saber si esto era efectivo.

Un año después de mi bautizo me presenté delante de mi padre y le confesé sin ambages mis convicciones, como ya no podía creer en Siva y como estaba firmemente resuelto a hacerme cristiano y sacerdote. Mi padre se enfureció. Lo comprendí perfectamente, pues él estaba completamente convencido que su religión era la verdadera. También había desde tiempo atrás alimentado la esperanza de verme un día de abogado o de médico. Yo esperaba hasta que había pasado la primera tormenta y entonces le declaré terminantemente: "Toda resistencia es inútil, yo encontré mi dicha". Desde entonces no hablé más con mi padre de este asunto. El ya lo sabía todo y conocía mi carácter.

Intensifiqué mis oraciones para que mi padre cambiara de parecer y no se opusiera a que yo siguiera el llamado divino.

EN PUERTO SEGURO

Y efectivamente. Pocos días más tarde me llamó y lleno de tristeza y profundamente conmovido me dijo: "Hijo mío, sé feliz y haz lo que quieras, pero no antes de mi muerte".

El tío opuso todavía resistencia, pues estaba seguro, que yo, al hacerme cristiano, también me haría sacerdote. Por esto había preparado una trampa. Quiso buscarme una novia y escribir a ella en mi nombre una carta, prometiendo a ella de tomarla por esposa una vez terminados mis estudios. Pensaba obligarme a firmar dicha carta, para tener de este modo un medio en la mano para perseguirme judicialmente en caso que yo alguna vez me fugara. Pero no se atrevió a llevar a cabo este proyecto sin el consentimiento de mi padre. Por esto le propuso a él la idea, la que mi padre rechazó, haciéndome además llamar a fin de descubrirme el plan. Me ordenó avisarle en cuanto mi tío volviera sobre este particular, pero este ya no se atrevió.

Un año más tarde murió mi buen padre. Una media hora antes de su muerte volvió a decirme que me concedió completa libertad para hacerme cristiano y sacerdote, y que ya no debería demorar en realizar mis propósitos, ya que de otro modo el tío sería capaz de hacer fracasar mis planes.

Mi padre murió desgraciadamente como pagano, pero plenamente convencido de haber caminado por el recto sendero. Dios, sin duda, habrá tenido misericordia de su alma.

De todo lo sucedido impuse yo luego al P. Rector, quien me encargó de prepararme luego para ingresar al noviciado, pues era mi más ardiente deseo hacerme jesuita.

Justamente un mes después de la muerte de mi padre abandoné yo secretamente el Colegio, sin que nadie lo supiera, a excepción del P. Rector. Durante el viaje escribí a mi tío, comunicándole mi propósito y también que mi padre, antes de morir, me

había dado su consentimiento. Se puso como un tigre a quien se ha quitado su presa. Corrió de un abogado al otro, para hacerme volver por la fuerza; pero todo fué inútil: las leyes estaban todas en su contra.

Poco a poco se tranquilizó él también. Yo ingresé al noviciado el 23 de mayo de 1915 a la edad de 23 años.

Seis años más tarde volví al mismo colegio donde había encontrado el camino de la felicidad para el tiempo y la eternidad, como profesor y prefecto. Dos años desempeñé este puesto y tres veces visité a mi tío. Me recibió siempre con toda cortesía pero hasta hoy no me ha perdonado.

Como el único de mi familia y parentela me halló en el seno de nuestra Santa Madre la Iglesia. Mientras mis dos hermanos todavía son apasionados partidarios de Si-

va, tengo yo la gracia de poder servir al Dios verdadero como sacerdote y religioso.

Hasta aquí el relato del P. Mary sobre su conversión. Hace poco escribió a "Las Misiones Católicas (revista de donde hemos sacado este relato)": En los años 1928-1929 estuve de profesor y prefecto en el colegio. Durante este tiempo alcancé a convencer a cuatro jóvenes de la verdad de nuestra fe católica. Uno de ellos ingresará luego a la Compañía de Jesús; este es mi mejor convertido. Y agrega: A todos vosotros que váis a leer la historia de mi vida, os ruego de todo corazón: acordaos con un "Ave Mara" de mis hermanos, para que la Santísima Virgen los conduzca también a Jesús como lo hizo conmigo: ¡Gloria al divino Salvador y a su purísima Madre!".

¿Quién le podrá negar al Padre Mary este "Ave María" que pide?

La felicidad de ser católico

El Concilio Vaticano definió solemnemente que la condición de aquellos que por el don celestial de la fe se adhieren a la verdad católica no es de ninguna manera igual (minime par est) a la de los otros, quienes, guiados por razones humanas, siguen a una religión falsa.

Nadie mejor que nosotros, que de lejos hemos venido a este rebaño tan favorecido, podemos experimentar la verdad de esta definición. Muchos católicos que desde los primeros instantes de su existencia fueron colmados con la abundancia de gracias que la Iglesia prodiga a cada paso a sus hijos no aprecian como es debido este verdadero privilegio. Son iguales a un hombre que siempre ha vivido en un edén, en un paraje de todo punto de vista favorecido por la naturaleza; lo encuentra muy natural que cada nuevo día amanezca con un sol esplendoroso, que los trinos de las aves deleiten su oído, la sazón de sabrosas frutas su paladar, que apacibles paisajes atraigan su vista, que la sombra de frondosos árboles le proteja contra el sofocan-

te calor del medio día y que con las aguas de cristalinas fuentes pueda apagar su sed. Muy distinto aquel que nació en un páramo, expuesto a helados vientos, donde escasea el alimento y donde su oído percibe apenas el graznido de un ave de rapiña, que no ve sino una estepa que solamente produce algunas duras y punzantes yerbas y donde el sol, las pocas veces que luce en el cielo, no alcanza a calentar sus entumecidos miembros. Si este hombre es trasladado al edén de que antes he hablado, quedará maravillado primero, para gozar en seguida con una intensidad cada vez creciente. Ha experimentado antes todas las penurias y privaciones imaginables y ahora sabe apreciar en lo que vale la bonanza, la abundancia y la apacibilidad.

Así nosotros, que de heterodoxos hemos sido trasladados al seno de la Iglesia de Cristo. Allá en el desierto del cual hemos venido, no luce el sol de la justicia, Jesús, allá no corren las siete fuentes de gracias que con sus aguas riegan y fructifican los prados siempre verdes que sirven de apa-

centadero a las ovejas de la grey escogida. Allá nos reunimos en templos que, si bien tenían sus torres, sus campanas, su órgano, su altar y su púlpito, no eran Casas del Señor, por cuanto Dios no habita en ellos; no tienen un tabernáculo en el cual el Salvador, hecho pan, tiene su deleite estar en medio de los hombres.

¡Oh, qué felicidad tan imponderable, la de ser católico! ¡Saber que estamos en la verdad, saber que estamos en el camino más seguro que conduce al Paraíso! Sabemos que no podemos errar, siempre que tengamos la intención de creer todo lo que nos manda creer la Iglesia, guiada por el sucesor de San Pedro, a quien dijo Cristo: "He rogado por ti, a fin de que tu fe no perezca y tú, cuando te conviertas, confirmas a tus hermanos". (Luc. XXII, 32).

Se dicen cristianos, pretenden seguir el camino señalado por aquel quien dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". Pero en realidad no creen en sus palabras. ¿O se puede llamar fe aquellas tergiversaciones de las palabras precisas e inequívocas de Cristo: "Esto es mi cuerpo—esto es mi sangre?". ¡Dicen que es su Dios, y sin embargo dudan de su veracidad y de su omnipotencia! —Y si todos siquiera dijeran que Cristo es su Dios, pero cuantos no son aquellos que dudan de su divinidad, que no la reconocen. Al decir esto no me refiero yo tan solo a la masa de los fieles, sino muy en particular a los pastores de la grey.

Viva es la fe en el Catolicismo, petrificada inerte allá en el otro campo. Si recuerdo como en el Protestantismo se aprende con tanto ahínco frases bíblicas, estas me parecen siempre como unos piedosos epitafios en una loza sepulcral. ¡La Biblia y nada más que la Biblia! Santo y bueno, ¿pero después el Señor no ha hablado más a su pueblo? Si así fuera, la Religión no serviría sino para mantener en nosotros una cierta sentimentalidad pietista, por cuanto tantas cuestiones de nuestros tiempos no podrían hallar en ella una solución inmediata. La Iglesia en cambio,

se pronuncia con precisión respecto a todos los problemas de todos los tiempos, siempre con toda oportunidad y en un lenguaje que no admite equívocos ni dudas.

Cristo en más de una ocasión afirmó su divinidad. La Iglesia, con igual firmeza declara que ella es la única verdadera y que fuera de ella no hay salvación. Habla ella siempre consciente de su carácter, de su dignidad y de su misión única. Las otras iglesias que se dicen cristianas, jamás se atreven a afirmar que lo que enseñan es la verdad lisa y llanamente; tal afirmación significaría un reto a las demás, porque equivaldría a decir que lo que enseñan los otros es falso. Sólo una doctrina, tratándose de tantas en manifiesta contradicción, puede ser la verdadera. Así para no agraviar a las otras, ninguna puede adelantarse en decir que sólo ella sea la verdadera.

Quien haya viajado por tierras y mares, habrá podido palpar mejor que nadie la universalidad de la Iglesia, que en todas partes es la misma. En viaje de Europa a América, deseaba confesarme; había un sacerdote a bordo, italiano, que no entendía el alemán y yo, alemán, no entendía el italiano. Pero gracias al latín, idioma litúrgico de la Iglesia, nos comprendimos a las mil maravillas. Lejos de su patria, en tierra extraña, el católico encuentra siempre la misma fe, el mismo culto, las mismas costumbres. No así los otros; las fronteras de su país marcan ordinariamente también los de su credo y en tierra extraña, su Iglesia es una forastera como lo son ellos mismos.

Fuera del sacerdote católico no hay quien pueda dar la paz a un alma. Las palabras: "Ego te absolvo..." producen efectos tan hondos que bastan por sí solos para convencernos de la verdad del Catolicismo. Justicia y caridad siempre andan unidas en la Iglesia: no es duro acatar la primera, suavizada por la segunda: "Suaviter in modo, firmiter in re".

Un día preguntó un protestante al Rev. P. Roh, jesuita alemán de mucha populari-

dad: "¿Por qué, Padre son los católicos siempre tan alegres y contentos, mientras los otros se muestran tristes y melancólicos?". El Padre le contestó: "Los católicos tenemos una madre, esto nos llena de gozo y alegría". Sí, María es la causa de nuestra alegría. ¿Habéis visto alguna vez un hogar, donde falta la madre? Entonces habréis seguramente podido observar la falta de aquella alegría natural y espontánea que produce la sola presencia de una madre, cariñosa y hacendosa. ¡La alegría es tan necesaria para la virtud! Nietzsche

escribió: "La causa de los excesos no es la alegría sino la falta de alegría" ¡Cuánta razón tenía!

La condesa Ida Hahn-Hahn, famosa convertida alemana y no menos famosa escritora ha dicho de propia experiencia: "No sé si los católicos sean siempre mejores que los protestantes, pero ciertamente son siempre más felices". Y esta felicidad proviene de la certeza de hallarse en la verdadera fe.

O. H.

Noticias Religiosas

AUSTRIA. — El reciente Congreso Católico de Viena debió tanto su carácter de insólita austeridad como el excepcional interés de sus sesiones a la crisis general, que se deja sentir ahora más severamente que en la antigua capital de los Emperadores del Oeste. Asistió a él una concurrencia mayor que en todos los años anteriores, y era muy alentador tomar nota del extraordinario número de jóvenes asistentes a las reuniones.

Entre los discursos más notables fué señalado el del P. Muckermann, S. J. sobre las palabras de San Pablo: "Honra a todos los hombres, ama la fraternidad, teme a Dios, honra al Rey".

"Honra a todos los hombres", es, dijo, desde luego un precepto político y moral, una exhortación a librar las batallas políticas y morales en una atmósfera de mutuo respeto. "Ama la fraternidad", nos recuerda que vivimos en una época en que el aislamiento es imposible. Reunimos, organizamos y concentramos la fuerza de los números, pero hacemos esto con un espíritu demasiado poco fraternal. Al contrario, la organización moderna sofoca y elimina el individuo. La Iglesia, sin embargo, es un organismo, pero

no un mecanismo, y respeta las personalidad. Toda organización es incompleta sin caridad, la cual en el orden de Dios precede a la organización. "Teme a Dios" es recordarnos que el hombre y las instituciones del hombre no pueden vivir sin Dios. Dios desea que haya un estado, para la seguridad de la vida y de la propiedad, pero un estado que no está fundado en el temor de Dios conduce a la tragedia. Ningún hombre puede hacer a su estado un servicio mayor que restablecer en él el temor de Dios. "Honra al rey", nos enseña que honrar a la autoridad es un deber religioso, puesto que la autoridad procede de Dios.

Los otros oradores fueron: Herr Miklas, Presidente de la República; el doctor Burisch, jefe del Gobierno; Su Eminencia el Cardenal Innitzer, Arzobispo de Viena; el Nuncio Apostólico Monseñor Enrique Sibilia; Herr Reither, capitán Provincial; el Dr. Hoss, Vice Burgomaestre de Viena; Herr Fried, Director general de la Acción Católica; el Dr. Guggenberger, quien hizo un notable ataque al absolutismo del Estado que privaría al hombre del derecho de orar, derribaría a la Iglesia que Dios ha instituido y destruiría la familia.

Temas menos generales fueron tratados por: el Dr. Blieger, sobre el materialismo actual y los vicios que engendra; por el Dr. Starkl, sobre la causa de la actual crisis económica por Mons. Zehetbauer, sobre el justo salario y Herr Hans Scheffel, un joven obrero sobre la desocupación.

El Padre Leopoldo Uhl, cura de una parroquia y demostró la necesidad que había de más iglesias y más sacerdotes. "Hay, dijo, ocho parroquias en Viena en que la población es superior a 30,000; seis en que excede de 40,000; cuatro con más de 50 mil y cinco que son todavía más populosas. Varias parroquias en distritos industriales tienen de 17,000 a 24,000 almas. Una encuesta hecha después de la guerra demostró que Viena necesitaba cien nuevas parroquias, pero solamente se han creado hasta ahora 40 y solamente 9 en el resto del país. La única profesión que no tiene desocupados es la sacerdotal.

* * *

BELGICA. — Los Congresos celebrados este año en cada una de las provincias de Bélgica por la Asociación de la Juventud Católica Femenina llevaron a Lieja 5,000 miembros de esta organización, a Amberes 4,000, a Gante seis mil, a Roulers 7,000 a Bastagne tres mil, a Hasselt dos mil, a Namur 3,000, a La Louvrière 5,000, mientras que 11 mil asistían al Congreso recientemente celebrado en Bruselas.

* * *

CHECOESLOVAQUIA. — Un importante acontecimiento reciente de interés católico ha sido la apertura en Praga de otra institución más, dependiente de la Asociación Católica llamada "Caritas". Hospedada en un amplio edificio de tres pisos, esta nueva fundación comprende: una casa residencial para niñas estudiantes, un hogar para empleadas domésticas, una oficina de

empleos, un restaurant ligero, una escuela elemental, una escuela de economía doméstica y las oficinas centrales de los comités parroquiales "Ludmila" que dependen de "Caritas". El día de la apertura la capilla de la nueva institución fué bendecida por Mons. Janak, quien después celebró solemne misa pontifical en la capilla, y en la tarde condujo una procesión de Asociaciones Católicas desde la iglesia parroquial hasta la puerta del nuevo edificio cuyas llaves le fueron entregadas por el arquitecto. Entonces entró a él y bendijo solemnemente sus principales departamentos.

La apertura de esta casa es la coronación de la grande obra realizada durante diez años por "Caritas". Esta asociación que fué fundada en 1921 ha distribuido el año pasado por medio de sus comités parroquiales 1 millón 821 mil 80 coronas en dinero, alimentos y ropa por valor de 236,377 coronas, y gastó 15,000,000 de coronas en el mantenimiento de sus orfanatos, refugios, hospitales y sanatorios hogares para ancianos, reformatorio, escuelas prácticas para visitadoras sociales y otras instituciones. Tan sólo de los católicos de Moravia recibió más de 17,000,000 de Coronas. "Caritas" está representada en cada parroquia por un comité dedicado a Santa Ludmila, la abuela de San Wenceslao.

No existe en Checoslovaquia ninguna otra fuerza tan eficiente para contrarrestar la difusión del protestantismo.

* * *

FRANCIA. — Un corresponsal especial del "Echo de París" ha estado investigando las condiciones en que se encuentra la destilería de Fourvoirie, que perteneció a la Gran Cartuja, y ha encontrado que toda la instalación está a punto de desplomarse. Cuando la comunidad fué expulsada en 1903.

aquellos de los monjes que estaban entregados totalmente a la oración y a la contemplación se distribuyeron entre varios monasterios de la Orden en Italia, particularmente en Farnetta, y los que habitualmente se ocupaban de componer el famoso licor, se fueron a Tarragona en España. La destilería, con su espléndido equipo y su maravillosa doble fila de bodegas—tal vez el más hermoso conjunto de bodegas subterráneas en el país—fué dejada simplemente caer en decadencia. Ahora que el Estado ha tomado posesión de la destilería y la arrienda a una compañía francesa que propone hacer “el genuino licor en el lugar, esta gente encuentra que tienen demasiado que hacer y están muy aburridos con M. León Perrier y con la Administración Departamental del Isère. Aún las cubas—hay más de un centenar—han comenzado a henderse y agrietarse, y los jardines de la terraza donde se cultivaban las hierbas necesarias para las esencias están en completa ruina. Mientras tanto la prosperidad de toda la región ha desaparecido casi por completo, y pasará largo antes de que él 1.500,000 francos anuales que pagaban de impuesto los monjes cartujos puedan sacarse de otras fuentes.

RUSIA. — Los niños salvajes. — Un mensaje de Riga comunica que la clase melancólica de la población de la República de los Soviets, los niños salvajes, quienes, en este Estado que desprecia la familia, vagan abandonados, más salvajes y menos cuidados que la mayor parte de los animales,.

Están ahora abandonando los bosques en que han pasado el verano. Están buscando refugios en las ciudades en donde encuentran albergue en casas desocupadas y en otros edificios, y viven de robos furtivos o de

excursiones para apoderarse violentamente de víveres.

En Moscow son tan numerosos que los Comisarios del Pueblo tuvieron una reunión especial para considerar que se hacía con ellos. El Presidente del comité de los niños sin hogar informó que 30,000 de ellos habían entrado en Moscú este otoño; y la asamblea dió instrucciones a la policía para “limpiar de ellos” el centro de la ciudad.

SUIZA. — Los católicos suizos tienen una interesante y útil organización para ayudar a sus compatriotas que viven en distritos protestantes, la mayor parte de los cuales entre gente cuyo idioma y religión difieren de la propia. Durante los últimos diez años los católicos que viven en cantones protestantes han aumentado en 50 mil de modo que forman un conjunto de 443,000; mientras que en los cantones católicos ellos han aumentado en 33 mil. Es en el cantón de Zurich, donde ellos han recibido la mayor adición a su número unos 29,260, lo que ha llevado al porcentaje de la población a 21, mientras que en 1920 era tan sólo 18,6. En el cantón de Berna el aumento de la población católica ha afectado a todos los distritos, excepto el del Yura. En el cantón de Basilea los católicos han aumentado en 7,000. En el de Vaud, particularmente en los distritos de Lausanne y Vevey han aumentado de 84.70 a 55,600.

ESTADOS UNIDOS. — En los últimos veinte años ha aparecido muchas veces y en muchos lugares un escrito falso que pretende ser un “juramento” prestado por los Caballeros de Colón. Casi no es necesario advertir a los católicos de América y de todas partes que el pretendido juramento es espúreo. Pero puede no ser tan general.

mente sabido que el vicioso libelo, oficialmente repudiado por los Caballeros ha sido también públicamente condenado por un Comité de Francmasones especialmente designado para investigar la materia, como también por el Comité del Congreso al cual el libelo había sido enviado. Los Caballeros de Colón han iniciado procesos contra muchos que han hecho circular el indigno juramento, y la historia de estos procesos se ha publicado en las oficinas centrales en New Haven, Connecticut, en un trabajo titulado **"Libelos criminales desenmascarados"**.

En el informe del Comité de francmasones de los Angeles a cuya consideración se ha tomado una cuenta completa del trabajo, ceremonias y compromisos de los Caballeros de Colón se deja establecido lo siguiente:

"Encontramos que si bien es cierto que la orden es en algún sentido una asociación secreta, no es una organización ligada por un juramento, y que sus ceremonias comprenden cuatro grados y tienden a enseñar y a inculcar principios en los cuales descansa el fundamento de toda gran religión y de todo Estado Libre.

Encontramos que ni el pretendido juramento ni ningún otro juramento o compromiso que tenga la más remota semejanza con él ni en el fondo ni en las palabras, espíritu o propósito, es usado o forma parte de las ceremonias de ningún grado de los Caballeros de Colón. El pretendido juramento es injurioso, perverso y difamatorio, y tiene que ver la invención de un pensamiento impío y venenoso.

Encontramos que la Orden de los Caballeros de Colón, tal como aparece en su ritual, está consagrado a la religión católica, a la caridad y al patriotismo. No hay ninguna propaganda propuesta o enseñanza contra protestantes o masones, o personas que no profesan la fe católica.

El ceremonial de la Orden enseña un alto y noble patriotismo, insta el amor al país, inculca reverencia por la ley y por el orden, insta al cumplimiento consciente y generoso del deber cívico y señala a la Constitución de nuestro país como la más rica y preciosa herencia de un Caballero de la Orden. No encontramos nada en todo el ceremonial de la orden que en nuestra opinión pueda ser objetado por nadie".

El general Ludendorff, dice un comunicado de la N. C. W. M., esta haciendo circular en Alemania esta falsa y maliciosa propaganda. En la primavera de 1931 el Jefe Supremo de los Caballeros de Colón, contestó a esta propaganda de Ludendorff. Es posible que continúe. En todo caso, la precedente información pondrá a los católicos de Gran Bretaña en situación de contestar y repudiar esta calumnia contra sus correligionarios de América.

Hubo una impresionante ceremonia en el Estadio Olímpico de los Angeles con ocasión del 150º Aniversario de la fundación de la ciudad. Mons. Fumasoni Biondi, el Delegado Apostólico, celebró una misa en presencia de 150 mil personas el domingo, día en que culminaron las festividades conmemorativas que habían durado toda la semana. El carácter de este acto principal de la conmemoración fué apropiado a las circunstancias, porque cuando don Felipe de Neve y los frailes Franciscanos fundaron la ciudad en 1781 la dedicaron "a Nuestra Señora Reina de los Angeles de la Porciúncula", e hicieron de una iglesia su centro.

De un informe del Dr. Rufus Rorem sobre la participación que han tenido las iglesias en la fundación y mantenimiento de hospitales en Estados

Unidos, aparece que una octava parte del total de camas es mantenida por las iglesias y una cuarta parte del dinero invertido en estas instituciones emana de fuentes religiosas. Los hospitales administrados por iglesias, son en conjunto 1,056 en toda la Unión. De este total 650 son católicos, de los cuales 624 son dirigidos por ordenes religiosas de mujeres.

CANADA. — Alrededor de 25 mil personas tomaron parte en la ciudad de Tres Ríos en una peregrinación al Santuario del Cabo Magdalena para pedir la intercesión de Nuestra Señora del Rosario en pro de la solución de la crisis económica que afecta actualmente al Canadá como a todo el resto del mundo. En la tarde precedente el Abate Normand había pedido por radio oración y meditación, diciendo que la situación del mundo constituía una advertencia a todos los hombres de que debieran vivir más cristianas y nobles vidas.

Las autoridades Municipales, en número considerable de personas conocidas y de jóvenes formaron parte en la procesión, que partió de frente de la Catedral y se dirigió al Santuario de Nuestra Señora, rezando el Rosario y entonando himnos.

protestó ante el propietario de tarjetas postales inmorales que se exhibían en el recinto. El hombre contestó inmediatamente: "¡Pero sois vosotros, europeos, los que imprimís estas postales!"

INDIA. — Escenas de notable entusiasmo se presenciaron en Goa con ocasión de la solemne exposición de las reliquias de San Francisco Javier que tiene lugar cada diez años. La ciudad fué invadida por millares de peregrinos para asistir a esta manifestación de fe y devoción, en la cual tomaron parte arzobispos, obispos y otros prelados. Las reliquias fueron llevadas en procesión a la Catedral en medio de salvas de artillería, repique de campanas, y — como demostración popular — detonaciones de petardos. En el interior de la Catedral diez mil personas se apretujaban alrededor del relicario en el momento en que al levantar la tapa iba a descubrirse el cuerpo del Santo; y otras treinta mil, se dice, clamaban afuera por ser admitidas, mientras cordones de tropas y policía luchaban por contenerlos. En la noche Goa fué iluminado por millares de cirios y ampolletas en el interior y en el exterior de las iglesias.

SIAM. — Revistas y diarios que publicaron cuentos inmorales y grabados obscenos han sido suprimidos por el Gobierno Siamés. Después de las medidas tomadas contra los diarios culpables se descubrió que el material ofensivo era copiado de publicaciones europeas. El Gobierno ha prohibido ahora por bando la entrada al reino de tales periódicos. Otra prueba del origen extranjero de tales publicaciones y grabados la da una anécdota referida por un misionero, quien, esperando en una estación de ferrocarril,

ASIA. — Mientras en el Africa Central se establecen cada vez nuevas misiones el centro de Asia, que abarca una superficie de seis millones de kilómetros cuadrados parece hoy por hoy casi enteramente cerrado para los mensajeros de nuestra santa Religión. Las regiones en cuestión están habitadas por unos treinta millones de hombres, que se reparten como sigue: Tibet (con Kkunor, territorio que ordinariamente se toma como una parte de Tibet, lo que no es exacto) con tres millones, Butan con doscientos cincuen-

ta mil, Nepal con cinco millones, Afganistán con nueve millones, Belutchistán con ochocientos mil, la Mongolia con un millón ochocientos mil, el Turquestán ruso y chino con siete millones doscientos mil y un millón doscientos mil respectivamente. De estos países el Afganistán, Tibet y Belutchistán están no solo para los misioneros, sino en general para los europeos casi impenetrables. En el Turquestán chino viven algunos misioneros, pero en el Tibet y en la Mongolia interior no existen misiones. Y pensar que hubo un tiempo en que hubo delegaciones religiosas en la corte de Mongolia y que la predicación del Evangelio se llevaba a cabo con buenos resultados. ¡Pedid al señor de la mies a que mande operarios a aquellos extensos campos!

HUNGRÍA. — El Reverendo P. Pierre Delattre, S. J., ha escrito: "En ningún país de Europa, la Iglesia Católica goza en la hora presente de una consideración tan grande, ni de una libertad tan bien entendida como en Hungría; en ningún país los signos de un renacimiento católico son tan numerosos, ni tan palpables, en el clero, en las ordenes religiosas, en las altas esferas intelectuales, y más todavía en la juventud".

Sin duda, los felices efectos de este renacimiento se dejan ya sentir. El espíritu de la juventud católica húngara es en general, mucho mejor que antes de la guerra, y los medios universitarios y cultos, otras veces indiferentes y aun hostiles, se vuelven hoy día con curiosidad y simpatía hacia aquello que tiene relación con la religión.

En Hungría el movimiento de los estudiantes católicos es el más potente en Europa después de Alema-

nia y Francia. Están agrupados en dos federaciones: La confederación de Estudiantes Católicos de Hungría y la Americana, cuyo prestigio crece de año en año.

Durante cuatro siglos la misión de Hungría fué salvar a la Europa del yugo otomano aún sacrificándose a sí misma. Ha sido en las puertas del Oriente la vanguardia del Catolicismo romano: Ahora la juventud católica de Hungría quiere ser la vanguardia contra el bolcheviquismo, teniendo presente lo que dijo el Barón de Monténach: "Para los Católicos será cada vez más difícil conservar y defender sus posiciones nacionales, si no saben, ante todo, fortalecer sus posiciones internacionales".

WASHINGTON. — En la revista mensual "Acción Católica", el Rev. P. R. A. McGovan se ocupa del significado católico del Día Pan Americano. Entresacamos de su artículo los siguientes sugestivos conceptos: "El verdadero y permanente panamericanismo, lo mismo que el verdadero y permanente concepto de la civilización es: trabajar a fin de que todo el mundo adore a Cristo en todas las actividades de la vida". "Aquí, dice en otra parte, en los Estados Unidos, no tenemos esa tradición católica; pero ciertos elementos poderosos de nuestra historia nacional han sido inspirados en el ideal católico y los católicos han participado en la formación de la vida nacional desde un principio. Los católicos de los Estados Unidos tienen un concepto desarrollado, tienen anhelo y habilidad y se han organizado para ayudar a modelar la vida americana conforme al ideal cristiano. A esto deben contribuir todos los países del continente y para esta obra común deben trabajar en el resurgimiento del Pan Americanismo".

BIBLIOGRAFIA

Jesús Cristo por el P. Leoncio de Grandmaison. S. I. Traducido de la undécima edición francesa por el Dr. Joaquín Sendra. Barcelona. Editorial Litúrgica Española. 1932.

Obra recientemente traducida al español, obra admirable en que su autor, conocedor como pocos del mundo moderno y sobre todo del mundo universitario, presenta, iluminada por la crítica más severa, la figura apasionante y conquistadora del Redentor del Mundo.

El autor había escrito en 1914 en el "Dictionnaire Apologetique de la Foi Catholique", un artículo, que se puede considerar como el bosquejo de esta obra y que atrajo poderosamente la atención. Doscientas cincuenta columnas bien nutridas en que abarca con fuerza singular, con maestría insuperable su palpitante asunto. El artículo refundido, completado, ampliado en unos puntos, profundizado en otros, se convirtió por los cariñosos desvelos de una inteligencia superior, en la obra de dos volúmenes, que editó Beauchesne en 1928 y que, en gracia a lectores menos técnicos, fué dado al público en un solo volumen, merced a los cuidados del P. Huby, y especialista en estos asuntos.

La Intención del autor no es presentar una Vida de Cristo; sino netamente apologetica y eso enriquece para nosotros su valor. El lector, de preferencia el lector de alta cultura filosófica y religiosa, es llevado por la fuerza misma de la crítica, a escuchar el mensaje de Cristo y a aceptar *Todo* lo que encierra su inmenso contenido, sin mimizarlo en nada, sin alterar su substancia. Muestra a lo largo de su estudio que Jesús, el personaje histórico que todos conocemos, es el Cristo. Tal es el objeto y tendencia de la obra y como fruto de tan estricta y sólida demostración, al cerrar sus páginas, muchos eruditos, muchos sabios del antiguo mundo, muchos hijos de la Universidad laica han sacado por conclusión este acto de fe en Jesús: "Sé que eres el Cristo Hijo de Dios y creo en Ti".

Obra apologetica y por consiguiente obra de fe, es en el sentido más noble de la palabra, una obra científica. El Plan es el impuesto por la Lógica: primero un estudio sobre las Fuentes de la historia de Jesús, después el Medio evangélico en que se desarrolló su maravillosa vida, luego la predicación y el Mensaje. Tras esa preparación ne-

cesaria para aquilatar la cuestión que Jesús suscitara siempre en el alma de la humanidad y valorizar las pruebas, en que apoya Jesús de Galilea sus afirmaciones. Finalmente se plantea la última gran cuestión de la establecida, en que Jesús se perpetúa y vive. Plan clásico, plan sólido, plan moderno. Lo que sorprende a la amplia información, la erudición extensiva con que el P. de Grandmaison discute tan graves problemas: se siente que nada se le escapa de lo que sobre ellos se ha dicho en todas las lenguas científicas del mundo, nada de lo que se refiere a hechos e ideas que de alguna manera pueden dar luz en el orden filosófico, teológicos y hasta social. Más no se crea que el cúmulo de erudición se convierta en farrago: la vida palpita, todo está digerido, todo a su tiempo, todo a propósito y en orden al proceso nítido y enérgico de su pensamiento. Las objeciones de ayer, pasadas de moda, no preocupan al autor sino en la medida en que sobreviven en las dificultades de hoy; no refuta por refutar, va derecho a lo que *Hoy*, en el medio científico europeo se necesita, su estudio intelectual es obra de acción. Pero eso sí, cuando se encuentra con un adversario, cuya actual combatividad se hace sentir, lucha contra él nobilísima y firmemente hasta derribarlo; armado con los instrumentos más modernos de investigación, ahonda hasta lo más vivo las cuestiones, desenmascara los prejuicios filosóficos, afaca su base con la precisión de un gran sabio, con el respeto y la crítica de los hechos que es cualidad fundamental de un historiador digno de tal nombre.

Leal y verdaderamente científica la discusión del P. de Grandmaison tiene otro mérito, más raro si cabe que el primero: hasta en sus páginas más severas está penetrada de una caridad pacificadora y activa, de un respeto profundo por las almas. Es un constante atractivo de la obra la atención que presta el autor a discernir, en las doctrinas que condena, lo que pueden contener de verdad, para ofrecerla a su adversario, en desquite de su derrota y evitar con mano amistosa toda herida que lo aleje del Bien. Inflexible al denunciar las paradojas, al destrozar con su valiente bisturí los vicios de métodos, el Padre sigue siendo piadoso y fraternal con las almas que Cristo no ha renunciado a salvar: ninguna palabra que hiera, antes el aceite y el vino del Buen Sa-

maritano que cura los dolores y, salvos siempre los derechos de la verdad, gana por el amor cristiano a su hermano descarriado. No por eso se crea que su crítica pierda en lucidez, en rigor, en finura. Tampoco el escritor sufre por eso; bien al contrario: no sería difícil citar en sus dos volúmenes, que son ciertamente una de las obras más durables de nuestro tiempo, páginas literarias de verdadero mérito. Buscó el reino de Dios y lo demás, hasta la belleza de la forma, se le dió por añadidura.

Escritos Póstumos de la Sierva de Dios Madre María Rafols.

Ya habíamos oído de estos escritos, que podríamos denominar: Mensaje del Sagrado Corazón de Jesús a la Humanidad de nuestros tiempos. ¡De qué medios tan especiales y maravillosos no se sirve Dios para hacernos ver que es El quien dirige los destinos del mundo! Ayer fué el Santo Cristo de Limpias, hoy lo es Teresa Neumann con sus estigmas, con su ayuno absoluto y sus éxtasis.

Ahora María Rafols, la fundadora de las Hijas de Santa Ana. El Corazón de Jesús le reveló en Abril de 1815 que un Santo Cristo que en aquellos días fué ultrajado sobremanera por algunos infelices y enterrado en seguida, sería hallado en el año 1929, día 15 de Noviembre, como efectivamente sucedió que su hijo el Papa Pío XI instituiría la fiesta de Cristo Rey, que en 1931 empezaría abiertamente la persecución de la Religión Católica en España, etc. Todo esto y muchas otras cosas podemos leer en los escritos; Muy interesante resulta la minuciosidad de los detalles, la exactitud de las fechas y la designación de personas hasta con su propio nombre o su estado y dignidad. Fácil es comprobar los aciertos de las predicciones y podemos esperar que también la más consoladora de ellas que se refiere al establecimiento del reinado del Sagrado Corazón de Jesús llegue a ser pronto una hermosa realidad.

Editorial Estudios acaba de publicar este folleto y pueden hacer los pedidos a la administración de esta Revista.

Perrin. Deux vol. de 665 et de 689 pages avec 19 gravures hors texte.

El autor demasiado modesto, pues disimula su nombre bajo unas simples iniciales, nos ha regalado con un trabajo de investigación histórica y crítica sobre las fuentes manuscritas e impresas de la historia tan dramática de la hermana de Luis XVI, Madame Elisabeth. El índice bibliográfico al fin del segundo volumen, constituye un repertorio de primer orden. El título de cada obra está además acompañado de su registro en la Biblioteca Nacional, mientras respecto a los manuscritos se refiere a los archivos públicos y privados respectivos. Interesantes documentos inéditos figuran además, como piezas justificativas, en el apéndice.

El único reproche que tal vez se podría hacer al autor, sería el de ser a veces demasiado minucioso y concienzudo, entrando en detalles y aduciendo pruebas de ínfima importancia. Pero en sí, la obra constituye un modelo de monografía metódica. Toda biblioteca que pretende ofrecer una documentación seria de la historia religiosa y política de la Revolución Francesa, debería contar con estos dos volúmenes.

Los últimos años de la corte de Versalles, el semi-cautiverio de la familia real en las Tullerías, su cautiverio final en el Temple y en la Conciergerie, con todos sus dolorosos episodios, todo esto está descrito desde el punto de vista de Madame Elisabeth y con todas las circunstancias especiales que a ella sola se refieren.

Para el proceso criminal, el autor con toda razón y muy buen criterio, ha reproducido tan solo y sin comentario los documentos oficiales del Tribunal Revolucionario. Según la confesión de los mismos jueces, nos vemos frente a una causa capital a la cual no asiste ningún motivo seriamente comprobado, sin pruebas, sin testimonios, sin demostraciones contradictorias. Solamente que las descabelladas aseveraciones del acusador público, aceptadas como decisivas por el jurado y por los jueces. Es difícil concebir una parodia más horrorosa y más monstruosa de la justicia.

Del punto de vista religioso, este relato no pone tan solo en relieve las grandes y angélicas virtudes de un alma de Dios, sino demuestra en general que Madame Elisabeth fué siempre sinceramente adicta a la Santa Iglesia y que, desde el primer momento, repudiaba la constitución civil del cle-

ro. Ella sostiene, sin desfallecer ni por un momento, la causa de los sacerdotes fieles. Si Luis XVI, el 10 de Agosto de 1792, perdió su corona por haberse opuesto por medio del veto real a las medidas de persecución religiosa, lo hizo esto, debido a la

fraternal influencia de su hermana Elisabeth, que le sostenía eficazmente.

De aquí viene que Madame Elizabeth no es solo una figura sobresaliente en la historia de su patria y de su dinastía, sino también de la de la Iglesia



Si uno quiere dedicarse seriamente al estudio de la verdad religiosa, debe tener ante todo presente que la verdad suprema no es nunca el eco de nuestros propios inmaduros pensamientos.

F. W. Foerster.

GUILLERMO CELEDON O.

ABOGADO

Huérfanos 1276 - Teléf. 83713 - Casilla 1501